

BIBLIOTECA

806

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.

Hartzenbusch.
 Rubi.
 Gil (D. Isidoro).
 Navarrete.
 Olona (D. Luis).
 Doncel (D. Carlos).
 Valladares y Gar-
 riga.
 Bravo (D. Cefer.).
 Garcia Gutierrez.
 Coll (D. Gaspar).
 Tirado.
 Florentino Sanz.
 Peral.
 Asquerino (D. E-
 duardo).
 Roca Togores.
 Asquerino (D. Eu-
 sebio).
 Segovia.
 Lasheras.
 Retes.
 Cea.
 Escosura (D. Ge-
 rónimo).
 Peñalver.
 Campoamor.
 Iznardi.
 Salas y Quiroga.
 Lombardia.
 Hurtado (D. Ant.).
 Cañete.

Palacios y Toro.
 Pina.
 Salgado.
 Tejado.
 Larrañaga.
 Pezuela.
 Alfaro.
 Elipe.
 Godoy.
 Escosura (D. Nar-
 ciso).
 Valladares y Saa-
 vedra.
 Lumbreras.
 Mayoli.
 Montemar.
 Diaz (D. José).
 Canseco.
 Diaz (D. Juan).
 Azcutia.
 Diana.
 Alba.
 Barroso.
 Cerro.
 Rosa.
 Calvo.
 Franquelo.
 Gutierrez de Alba.
 Vera (Doña Joa-
 quina).
 Doncel (D. Juan).
 Aguilera.



A un tiempo amante y hermana, t. 1.	2	2	De una afrenta dos venganzas, t. 5.	4	16	— El Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
Ansias matrimoniales, o. 1.	2		D. Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7	El Leñador y el ministro, ó el tes- tamento y el tesoro, 6 cuadros.	7	12
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5	El Maestro de escuela, t. 1.	3	4
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	5	Dina la gitana, t. 3.	4	8	El Marido de la Reina, t. 1.	2	5
Azores de una privanza, o. 4.	3	4	Demonio en casa y ángel en socie- dad, t. 3.	4	3	El Mudo por compromiso ó las emo- ciones, t. 1.	3	3
Amante y caballero, o. 4.	2	11	Dichas y desdichas, t. 1.	2	5	El médico negro, t. 7 cuadros.	4	12
A cada paso un acaso, ó el caballe- ro, o. 5.	4	8	Dos familias rivales, t. 1.	3	8	El Mercado de Londres, t. id.	4	12
Amor y Patria, o. 5.	2	10				El Marinero, ó un matrimonio re- pentino, o. 1.	3	5
A la misa del gallo, o. 2.	3	3				El Médico de su honra, o. 4.	4	6
— Amor imposibles vence, ó la rosa encantada, o. 3. Mágia.	5	19	En la falta vá el castigo, t. 5.	3	8	— El Médico de un monarca, o. 4.	1	9
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	Engaños por desengaños, o. 1.	2	4	El Marido desleal, ó quien engaña á quien, t. en 3.	2	3
Actriz, militar y beata, t. en 3.	3	9	Estudios históricos, o. 1.	2	5	El Nudo Gordiano, t. 5.	3	6
Al pié de la escalera, t. en 1.	3	5	Es el demonio!! o. 1.	2	3	El Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2	4	En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	El Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. en 1.	2	5
Al asalto! t. 2.	6	9	Entre cielo y tierra, o. 1.	2	3	El oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 cuadros.	5	12	En paz y jugando, t. en 1.	2	3	El Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Enrique de Trastamara, ó los mi- neros, t. en 3.	3	9	El premio grande, o. 2.	3	4
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	11	Es un niño! t. en 2.	4	7	El Pacto sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.	4	11
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	El Andalúz en Madrid, o. 4.	2	4	El Paje de Woodstock, t. 1.	1	5
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	El Andalúz en el baile, o. 1.	2	3	El Peregrino, o. 4.	3	9
Amor y farmácia, o. 3.	2	4	El Aventurero español, o. 3.	2	8	El Premio de una coqueta, o. 1.	2	4
			El Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	El Piloto y el Torero, o. 1.	2	4
			El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	El poder de un falso amigo, o. 2.	2	5
			El Amante misterioso, t. en 2.	3	6	El Raptor y la cantante, t. 1.	1	4
			El confidente de su muger, t. 1.	2	4	El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	8
			El Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	El robo de un hijo, t. 2.	2	5
Beltran el marino, t. 4.	2	8	El Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	El rey mártir, o. 4.	2	7
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	5	10	El Castillo de S. Mauro, t. 5.	3	10	El Rey hembra, t. 2.	3	3
			El Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	El Rey de copas, t. 1.	2	3
			El Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	El Robo de Elena, t. en 1.	1	5
			El Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	El Secreto de una madre, t. 3 y pról.	3	9
			El Conde de Monte-Cristo, primera parte, t. 10 cuadros.	4	16	El Seductor y el marido, t. 3.	3	4
			Idem segunda parte, t. 5.	3	17	El Tarambana, t. 3.	4	8
Camino de Portugal, o. 1.	1	2	El Castillo de S. German, ó delito y espacion, t. 5.	7	9	Et tio y el sobrino, o. 1.	2	3
Con todos y con ninguno, t. 1.	1	2	El Ciego de Orleans, t. 4.	2	9	El Trapero de Madrid, o. 4.	9	14
César, ó el perro del castillo, t. 2.	2	4	El Criminal por honor, t. 4.	2	6	El Tio Pablo ó la educacion, t. en 2.	2	7
Cuando quiere una muger!! t. 2.	3	2	El Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11	El Vivo retrato, t. 3.	1	6
Casarse á oscuras, t. 3.	3	4	El Ciego, t. en 1.	2	3	El Ultimo de la raza, t. en 1.	2	4
Clara Harlowe, t. 3.	5	11	El Duque de Altamura, t. en 3.	3	10	El Ultimo amor, o. 3.	2	5
Con sangre el honor se venga, o. 3.	2	9	El Dineroll! t. 4.	3	14	El Usurero, t. 1.	2	4
Como á padre y como á rey, o. 3.	3	8	El Doctorcito, t. 1.	6	2	El Zapatero de Londres, t. 3.	3	9
Cuánto vale una leccion! o. 3.	3	6	El Diablo familiar, t. 3.	3	4	El Tigre y el toro, o. 1.	3	3
Caer en el garlito, t. en 3.	4	3	— El Dios del siglo, t. 5.	3	12	El Memorialista, t. 2.	4	4
Caer en sus propias redes, t. en 2.	2	3	El Diablo en Madrid, t. 5.	2	7	El Tejedor de Jativa, o. 3.	3	6
— Cumplir como caballero, o. 3.	2	13	El Desprecio agradecido, o. 5.	4	5	El Perro de centinela, t. 1.	1	2
— Crimen y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2	14	El Diablo enamorado, o. 3.	3	21	— El Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2
Conspirar con mala estrella, ó el Ca- ballero de Harmental, t. 7 cuad.	4	12	El Diablo son los nietos, t. 1.	2	3	El Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2	11	El Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3	El noble y el soberano, o. 4.	2	8
Caprichos de una soltera, o. 1.	2	3	El Doctor Capirote, ó los curandé- ros de antaño, t. 1.	1	6	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6
Carlota, ó la huérfana muda, t. 2.	3	4	El Diablo nocturno, t. 2.	5	3	El talisman de un marido, t. 1.	2	4
			El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9	El tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7
			El Doctor negro, t. 4.	4	4	El hombre complaciente, t. 1.	3	5
			— El eclipse, o. 3.	2	7	El tesorero del rey, t. 5.	2	4
De la agua mansa me libre Dios, o. 3.	2	5	El Espectro de Herbesheim, t. en 1.	3	6	El campanero de San Pablo, t. 4.	2	4
De la mano á la boca, t. 3.	2	5	El Favorito y el rey, o. 3.	1	6	El marido de dos mugeres, t. 2.	2	3
D. Canuto el estanquero, t. 1.	3	2	El guarda-bosque, t. 2.	3	4	El licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
Dos contra uno, t. 1.	2	2	El Guante y el abanico, t. 3.	3	3	El capitán azul, t. 3.	3	5
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	3	2	El galan invisible, t. en 2.	3	5	El Españolito, o. 3.	3	8
Deshonor por gratitud, t. 3.	3	4	El Hijo de mi muger, t. 1.	2	3	El pintor inglés, t. 3.	3	8
Dos y ninguno, o. 1.	2	3	El Hermano del artista, o. 2.	3	11	El peluquero en el baile, o. 1.	2	5
De Cádiz al Puerto, o. 1.	1	7	El Hombre azul, o. 5 cuadros.	3	10	El marqués de Fortville, o. 3.	2	7
Desengaños de la vida, o. 3.	3	8	El Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10	Elisa, o. 3.	2	4
Doña Sancha, ó la independenciam de Castilla, o. 4.	2	16	El Hijo de su padre, t. 1.	3	6	El Tejedor, t. 2.	1	7
Don Juan Pacheco, o. 5.	2	8	El Himeneo en la tumba, ó la hechi- cera, o. 4. Mágia.	4	7	El enamorado de la Reina, t. 2.	3	5
D. Ramiro, o. 5.	1	8	El Hechicero ó el novio y el mono t. 2	2	9	El artesano, t. 5.	3	8
D. Fernando de Castro, o. 4.	2	8	El Hijo de Cromwell, ó una restau- racion, t. en 5.	2	10	El mulato, ó el caballero de S. Jor- ge, t. 3.	4	11
Dos y uno, t. 1.	1	2	El Hijo del emigrado, t. en 4.	2	10	El hijo de todos, o. 2.	2	3
Donde las dan las toman, t. 1.	3	3	El Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3	2	9	El clásico y el romántico, o. 1.	2	3
De dos á cuatro, t. 1.	1	1	El Idiota ó el subterráneo de Heil- berg, t. en 5.	4	11	El sastre de Londres, t. 2.	1	5
Dos noches, t. 2.	3	2				El caballero de industria, o. 3.	3	4
Dieguiyo pata de anafre, o. 1.	2	4						
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2	2	2						



LAS DOS EMPERATRICES.

Comedia en tres actos, traducida del francés por D. Luis Valladares y Garriga y D. Carlos Garcia Doncel, representada con aplauso en el teatro de Variedades, en el mes de julio de 1850.

PERSONAS.

MARIA TERESA, *emperatriz de Alemania.*

CATALINA II, *emperatriz de Rusia.*

AMELIA DE ROSNY.

EL PRINCIPE DE LIGNE.

EL CONDE DE STAREMBERG.

EL CONDE GREGORIO ORLOFF.

EL EMBAJADOR DE FRANCIA.

EL EMBAJADOR DE PRUSIA.

ULADIMIRO.

Damas y caballeros de la corte, pages, etc.

La accion pasa en Visgrado.

ACTO PRIMERO,

El teatro representa una gran sala en el piso bajo de un antiguo palacio de Ungria. Puerta en el fondo y dos laterales; á la derecha otra secreta, y una mesa en primer término al mismo lado.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA, *el PRINCIPE DE LIGNE.* *Al levantarse el telon Amelia está reclinada en la mesa, recorriendo un mapa que hay desplegado en ella sobre varios libros y papeles.*

AME. Conque los Rusos quieren pasar otra vez el Danubio? Ya son dueños de Riou, Osa-kou... Induldorok... Ow, Row, Rots... En la vida podré aprender todos estos nombres.

PRIN. Ja! ja! ja!

AME. Ah! Sois vos, príncipe?

PRIN. El mismo que decis. Estoy admirando á una joven y linda francesa, que ha llegado hace poco de la corte de Luis XV, y que con tanta aplicacion está estudiando esos nombres en un vetusto palacio de Ungria, para dar gusto, segun dice, á nuestra augusta emperatriz Maria Teresa... esponiéndose ademas...

AME. A ver á su lado al príncipe de Ligne burlándose de ella, y esto es lo peor de todo.

PRIN. Me guardaré muy bien de burlarme...

cuando me causa asombro y admiracion. No puede suceder otra cosa al veros llegar á una corte tan circunspecta y severa como la nuestra...

AME. Solo á ver á unos parientes de mi madre, que era Alemana, y á ocupar al lado de su magestad Maria Teresa el puesto que ha tenido á bien concederme á instancias del conde de Staremburg, en cuya compañía he venido de vuelta de su embajada á Francia.

PRIN. Esa es la razon que dais; pero la sobrina de la señora mariscal de Mirepois, debe haber tenido otros muy superiores para abandonar la alegre y bulliciosa corte de Francia... país encantador, que si no le hace á uno dichoso, impide que lo sea en otra parte.

AME. Los hombres de talento siempre se figuran que hay algo mas de lo que se les dice.

PRIN. Eso proviene de que las mugeres no dicen por lo regular todo lo que hay.

AME. De veras? Yo creo que en vez de martirizarme de ese modo, debierais de enseñarme lo que debo saber en esta corte, aunque no fuera sino como en recuerdo del tiempo en que nos conocimos en la de Francia.

PRIN. Con muchísimo gusto; pero ha de ser con la condicion de que me habeis de dar noticia de París, donde hace dos años he pasado el invierno mas delicioso de mi vida.

AME. Es muy justo; y empezaré diciéndoos, que nuestro Rey Luis XV no piensa mas que en divertirse.

PRIN. Yo os responderé que nuestra augusta soberana Maria Teresa, solo piensa en el trabajo, y que se ha hecho mas austera que nunca desde que ha enviudado.

AME. Toda la corte imita con alegria á nuestro joven monarca, y se divierte á las mil maravillas.

PRIN. Aqui suele causar no poco fastidio, el verse uno obligado á imitar á la reina.



Colour Chart #13

Blue

Cyan

Green

Yellow

Red

Magenta

White

3/Color

Black

AME. En Francia ya empieza el pueblo á seguir el ejemplo de la grandeza, burlándose de todo.

PRIN. Aquí no se mete en nada.

AME. Los autores siguen escribiendo contra la corte y la nobleza.

PRIN. El rey no tiene mas que hacer que darles algun titulo de nobleza y convidarlos á su corte.

AME. Voltaire tiene la suya en Ferney.

PRIN. Y el poder de sus ideas le hace reinar en toda Europa.

AME. Pero sin destronar á los reyes.

PRIN. Eso no es muy seguro.

AME. Este gran escritor ha puesto en voga las palabras de independenciam y libertad.

PRIN. Esa es la única moda francesa que aqui pondreis mucho cuidado en libraros de usarla.

AME. Ya que es preciso decirlo todo, allá los placeres hacen olvidar demasiado la gloria.

PRIN. Aqui tenemos la esperanza de que no se olvida de nosotros.

AME. El amor es allá el absoluto dueño, representado en la Marquesa de Pompadour.

PRIN. El amor es un soberano, que nunca ha reconocido Maria Teresa.

AME. Qué decis?

PRIN. Os asusta? Rodeada de enemigos desde su infancia, su estado normal ha sido el de la guerra, y el sosiego solamente una escepcion; en ella nos encontramos en la actualidad; la paz parece ya asegurada, en lo que cabe, cuando se tiene por vecinos al gran Federico por un lado y á Catalina II por otro. Maria Teresa ha pensado, sin embargo, que el mejor medio de desembarazarse de tan peligrosos enemigos, es el de estrechar con ellos la amistad.

AME. Y por eso se han reunido todos aqui en las fronteras de Ungría, para convenirse sobre los asuntos de Turquía y de Polonia.

PRIN. La augusta Maria Teresa de Austria, emperatriz de Alemania, reina de Ungría y de Bohemia, en vez de estar en Viena, se halla en Visgrad; Catalina, la grande autócrata de todas las Rusias, se halla en el mismo punto en vez de estar en San Petersburgo; un embajador de Federico debe representarle aqui, si es posible, y á estos se reúne todo el séquito y brillantez de las diferentes cortes. Ya podeis figuraros cuantas intrigas pequeñas y grandes debe haber en un pueblo donde se juntan dos mugeres jóvenes, las dos reinas ilustres, rivales asi en belleza como en poder, que pueden disputarse los obsequios y las provincias, y que tienen ademas á su alrededor á un sinnúmero de hombres de estado, que se engañan, son engañados, y engañan á otros. Oh! vamos á tener aqui una guerra de sutilezas y arterias, menos sangrienta, pero mas peligrosa que la otra; y los que salgan salvos, habrán tenido ciertamente tanto acierto como fortuna.

AME. Es tan virtuosa Maria Teresa que mucho temo...

PRIN. Que sea la víctima, por no sospechar el artificio. Ah! Catalina no la perdonará esa virtud que todos respetan, la única superioridad que no puede disputarla, y que por lo tanto desearia hacérsela perder. Ya he descubierto mas de una intriga que tendia á comprometer delante de los embajadores extranjeros, esa

reputacion de virtud que tanto les impone, y que les arrastra á seguir su modo de pensar en las deliberaciones. Yo no ceso de velar para adivinar y derrotar sus proyectos, y alguna vez tengo el gusto de hacer al mismo tiempo una buena obra y una sutileza.

AME. Pero decidme, mirará Maria Teresa con indignacion las debilidades que le son desconocidas?

PRIN. Se querrá tal vez poner á prueba su indulgencia?

AME. Qué ruido es ese? Qué sucede?

PRIN. Cuando á una muger se la pregunta una cosa que la pone en cuidado, siempre se halla al momento otra que la dispense responder.

AME. Escuchad: no ois?

PRIN. Ciertamente: qué puede motivar ese tumulto?

AME. Algo ha sucedido.

PRIN. Cielos!... confío en Dios que no será á su magestad.

AME. El es! (mirando por la ventana.)

ESCENA II.

AMELIA, el CONDE STAREMBERG, el PRINCIPE DE LIGNE, el EMBAJADOR DE FRANCIA, despues MARIA TERESA y el EMBAJADOR DE PRUSIA.

PRIN. Qué ha sido eso, conde?

CON. Nada, nada; ya está preso, y su magestad no ha recibido el menor susto.

PRIN. Quién está preso?

CON. Un loco, segun creo. Aqui teneis al señor embajador que lo ha visto como yo.

EMB. F. Quién sabe si no es un asesino!

AME. Eso es imposible! Qué decis?

EMB. F. Aqui viene su magestad y el embajador de Prusia

TER. Sosegaos, señores... no ha sido nada. Un joven asustado sin duda, se ha lanzado atolondradamente á los caballos de mi coche. No puede haber llevado ninguna mira funesta... desdichada seria la suerte de un soberano, si el mas pequeño accidente diese lugar á siniestras congeluras.

CON. Su magestad imperial se espone demasiado... no debierais salir sin escolta... y mucho menos lo que haceis muy á menudo, mezcláros con la muchedumbre donde un cualquiera os aprieta, os codea.

TER. Ah! Yo conozco, señores, que vuestra altivez no lleva muy á bien que la emperatriz reciba y trate con tanto cariño á vuestros inferiores; pero si solo debiera rozarme con mis iguales, tendria que pasar mi vida en las bóvedas donde reposan los reyes mis antepasados. Es necesario que todos vengan á quejarse á mi, si quieren obtener justicia. Qué espectáculo tan triste acaba de presentarse á mis ojos! Cuánto pobre cubierto de andrajos y muriendo de necesidad! Desde mañana quiero que ellos mismos vengan á entregarme sus súplicas... les daré audiencia á las cinco de la mañana... no dormiria con sosiego esas horas, pensando en sus desgracias... y las aumentaria si yo las pasára en el sueño.

PRIN. Y aun os admirais, señora, de que nos pongan en cuidado los peligros que pueden amenazar una vida tan noble y tan preciosa?

CON. Muy poderosos motivos deben haber impe-

lido ese joven á buscar una muerte casi cierta entre los pies de vuestros caballos, bajo las ruedas del coche, ó al filo de la espada de vuestros servidores.

AME. Estaba pálido... casi sin conocimiento.

CON. Ese mismo desconcierto revela su crimen... su cara espantosa, feroz... de color tostado...

AME. Qué decis? Si es rubio y de buena presencia.

CON. De buena presencia!.. Tiene una estatura colosal.

EMB. P. A mi me ha parecido muy pequeño.

TER. A mi de una estatura regular... sin embargo, todos lo hemos visto. Ah! Si es asi como se escribe la historia!

CON. Lo que no admite duda, es su siniestra intencion y su arresto... encerrado está en la sala contigua, y guardada la salida por dos centinelas... muy en breve le haremos un interrogatorio, y le obligaremos á revelar el complot y sus cómplices.

AME. Si no existe lo uno ni lo otro.

CON. Cómo lo sabeis?

AME. Yo no sé nada; pero si puedo deciros que pasando un dia Isabel de Inglaterra por una calle de Lóndres, vió lanzarse á un jóven de la misma manera, á riesgo de su vida, y la voz de la reina detubo las espadas que iban á inmolarse. Aquel jóven imprudente, no quiso tampoco revelar su nombre ni la causa de una accion tan temeraria, y aunque los jueces le condenaron, Isabel le concedió el perdon.

TER. Isabel fué una gran reina... lástima es que la muerte de Maria haya oscurecido algún tanto la brillantez de su reinado.

PRIN. Eso es porque no puede haber mas que una reina á quien no se la pueda échar en cara ni el menor crimen, ni la menor debilidad... esa reina augusta se llama Maria Teresa.

EMB. P. Asi es que mi soberano el gran Federico, vencido por sus soldados, y vencido por su admiracion hácia vuestra magestad imperial, depone las armas y pide un lugar en vuestro cariño y en vuestra amistad.

TER. Y yo se lo concedo con mas gusto, que él queria tomar en mis estados.

EMB. P. Su intencion en el tratado que va á celebrarse, es la de apoyar el modo de pensar de vuestra magestad, persuadido de que la justicia se coloca naturalmente al lado de la virtud.

EMB. F. Lo mismo son las instrucciones que traigo yo de mi soberano. Id, me ha dicho, al partir: y si es verdad que haya podido mantenerse en el trono una sabiduria tan pura y virtuosa, dejad que ella sola decida de los intereses que yo dejo en sus manos.

TER. Ah! Señores, doy mil gracias al Cielo! Por que no hace muchos años que los reyes que me ofrecen en este dia su apoyo y su amistad, se repartian mi reino, y mis infelices vasallos iban á sufrir los espantosos males de una dominacion estrangera. Un pais asolado y una débil muger, era lo único que se oponia á la Europa entera. Pero un pueblo no perece aun delante de un número mayor, mientras se siente hervir en su corazon la fuerza y la energia que comunica el alma. Unos sacrificaron sus bienes, otros sus vidas; yo mi juven-

tud, mi hijo y mis placeres de muger y de reina. Todos fuimos hermanos defendiendo de consuno el suelo de nuestra patria, y el pais y la reina se salvaron.

CON. Por eso gritábamos todos con el mayor entusiasmo de nuestro corazon, viva nuestro gran rey Maria Teresa!

TER. Ahora ya debo asegurar una paz duradera, deteniendo, si es posible, los proyectos de la invasion rusa. Catalina quiere conquistar la Turquía, y apoderarse al mismo tiempo de la Polonia... que esto no suceda, señores, todos debemos oponernos.

EMB. P. Ciertamente.

EMB. F. Asi lo exige nuestra voluntad y el interés de la Europa entera.

TER. Por esto he querido entenderme yo misma con Catalina, ahora que tengo que habérmelas con la habilidad de su talento.

CON. Acostumbrado á toda clase de intrigas.

TER. Cuento un poco, lo confieso, con los consejos del príncipe de Ligne, con el tacto esquisito de su talento, y con la esperiencia que ha adquirido, segun dicen, en las córtes y al lado de las damas.

PRIN. Dos potencias que siempre he reconocido y adorado sin comprenderlas nunca.

TER. Pues cómo habia yo de adivinarlas?

PRIN. El génio lo adivina todo.

CON. Ciertamente, pero la amistad no sabia adivinar ciertas debilidades... es verdad que no se toman el trabajo de ocultarlas. Sabido es que el conde Gregorio Orloff sigue al lado de Catalina... y su lujo, su insolencia aun delante de su soberana, segun cuentan... *(Se detiene al ver una mirada y un gesto de Maria Teresa y prosigue con blandura.)* Ah! Una muger como la emperatriz Catalina es ciertamente...

TER. Una persona tan grande, conde, que entra no poca curiosidad en el deseo que tengo de tratar con ella de los intereses que nos ocupan en este momento, y en la actividad conque he aceptado la entrevista particular que me ha propuesto para esta misma mañana... sin ceremonia ni etiqueta de ningun estilo.

PRIN. No hay nada mas peligroso que la sencillez de las personas de talento; siempre oculta por lo regular algun ardid.

CON. A Catalina le gusta mucho desembarazarse de todos los obstáculos que pone la etiqueta para divertirse.

TER. Y si los soberanos se divierten, qué les quedará á los vasallos? No es verdad?

AME. Ciertamente.

TER. No puede acaso destinar algunas horas á la distraccion, sin despertar la maledicencia?

PRIN. Y mucho mas cuando Catalina no se olvida por eso de sus intereses. Oh! del mismo modo que no permitiria á un soberano que dañara su poder, no permitiria á otra dama que dañara su belleza. Tan celosa es de lo uno como de lo otro. Hay en su persona cierta mezcla de francés y de tártaro, y mucho temo que por doble motivo no mire con dobles ojos á Maria Teresa.

TER. Vuestros consejos, príncipe, tienen muchos puntos de contacto con la adulacion. Esta jóven francesa, Amelia de Rosny, me servirá tambien en esta ocasion.

CON. Creerá entonces vuestra magestad que he tenido razon en traerla á su lado?

TER. Asi lo pienso. Desde que la conozco; solo temia que las severas costumbres de nuestra corte, la disgustarian muy pronto... Su madre, la condesa de Friedland, se casó con un francés que no pudo aclimatarse entre nosotros; lo mismo ha sucedido con todos los casamientos efectuados de este modo; de un lado ha nacido el disgusto, de otro la tristeza, y de ambos el sentimiento y el pesar.

CON. Es posible?

AME. El pobre conde está todo turbado.

PAIN. (No me habia engañado... el juicio alemán ha fracasado delante de la coqueteria francesa.)

TER. Por esta razon he prohibido esos casamientos. Cuando la alegria de Amelia no se halle bien con nuestra sociedad, podrá volver al momento á buscar los placeres de Versalles.

AME. Ya veremos... tiempo hay...

TER. No quiero reprobado hoy esas diversiones que tanto le gustan á Catalina. Concedamos algunas cosas á sus ideas, para que conceda tambien alguna otra á los planes de que depende la felicidad de los pueblos... Me apoyareis en el consejo, señores... y mientras tanto, yo haré todo lo posible por disponer á Catalina para que acceda á que se mantenga la paz. Dentro de dos horas va á ser la conferencia... en ella os encontraré. Amelia, quedaos.

ESCENA III.

MARIA TERESA, AMELIA.

AME. Como todavia no estoy al corriente de los usos de esta corte, y me han educado con la completa libertad y franqueza que reina en la actualidad en la corte de Francia, no sé si deba atreverme á decir todo lo que pienso.

TER. Segun eso, Amelia, no me habeis comprendido. Desde que habeis llegado ha simpatizado vuestro carácter franco y alegre con el mio, tal vez demasiado austero; y quiero colocar á mi lado con vuestra persona, la verdad que me ocultan varias veces, la alegria, que no pocas espanto yo misma, y el afecto que siempre necesito.

AME. Mucha es, señora, mi fortuna; por eso mi reconocimiento hace que la vida de vuestra magestad me sea mas cara que la mia; y sin embargo, los temores del conde de Staremburg no han podido sustraerme á cierta inquietud, al ver á ese joven que hace poco han puesto preso... porque yo lo habia notado varias veces, siguiendo los pasos de vuestra magestad, y dirigiendoos singulares miradas.

TER. Qué decis?

AME. Primeramente en la iglesia de San Esteban de Viena, la vispera de nuestra partida; despues en el paseo, hace algunos dias, cuando he tenido la honra de acompañar á vuestra magestad, y siempre he visto que os perseguia con las mismas miradas... solo á vos he querido decirlo.

TER. Habeis hecho muy bien, Amelia. La curiosidad arrastra algunas veces tras de nosotros á varias personas, á quienes deslumbra el prestigio del poder y de la grandeza. Ah! si lo vie-

ran de cerca!... Y sabeis algo acerca de ese joven?

AME. Esta mañana estaba yo sola en el bosque, en el mismo sitio donde varias veces le he visto, y he encontrado en todos los árboles grabado el nombre de vuestra magestad, y en el suelo este papel, donde hay escritos varios versos en vuestra alabanza... y que espresan sentimientos...

TER. Es un loco! Pero no hableis á nadie de este asunto. Quién sabe si no verian en esto mil proyectos... alguna premeditacion!.. Son tan prontos en encontrar criminales como enérgicos en condenarlos!

AME. Vuestra magestad parece que está inquieta, desasosegada.

TER. Solo á vos os lo diré, Amelia. Siento por primera vez una agitacion, cuya causa ignoro... tal vez lo sea la presencia de Catalina y todo lo que dicen de sus caprichos y placeres.

AME. Catalina, siendo como es joven y bella, dueña absoluta de un grande imperio, ha querido encontrar, segun dicen, otros placeres que no proporciona por lo regular el poder.

TER. Ah! tal es la suerte de los soberanos y de las mujeres! Siempre se calumnia á los unos y se sospecha de las otras.

AME. Vuestra magestad es tambien reina, joven y bella, y sin embargo, nunca la mas minima sospecha...

TER. (prontamente.) Yo he desterrado de mi corte ese fausto y brillantez de las fiestas... he rechazado todo el encanto de los placeres... he despreciado todas esas gracias que realzan la belleza... he creido necesarios estos sacrificios, y sin embargo, Catalina reina, su imperio es inmenso; ha sabido aumentarlo: la obedecen veinte pueblos; la teme Europa, la admira el mundo... y las fiestas, el lujo, los placeres la siguen á todas partes.

AME. Y otros sentimientos aun mas tiernos... sentimientos de amor, segun dicen, hacen su vida tan feliz como brillante.

TER. Ah! No digais eso... no lo digais, Amelia. No deben ocurrirsenos semejantes ideas. No, no. Ya nos ocupamos de esto demasiado. Dejadme... quiero pensar en los grandes intereses que voy á discutir con la emperatriz de Rusia... Esperad en la cámara inmediata... necesito reflexionar... Y vos, creedme, no penseis mas en Catalina ni en sus placeres. (Amelia se va por una de las puertas laterales)

ESCENA IV.

MARIA TERESA, pensativa.

Catalina sigue el impulso de su corazon... y el esplendor de su gloria no se empaña. (pasa la mano por su frente como si quisiera desechar una idea, y despues mira al rededor.) Qué sombría es esta sala! Estas paredes infunden tristeza... Y yo estoy aqui sola siempre!.. Tengo vasallos... cortesanos... pero siempre un corazon consagrado á mi sola? Lo tienen acaso los reyes? Pero, ¿qué oigo? Ese ruido! Por aqui!... (se dirige al lado opuesto del que está la puerta por donde salió Amelia.) Parece que quieren abrir una puerta... estos palacios antiguos, construidos como fortalezas en tiempo de

guerra, tienen algunas veces salidas secretas...
Si... una puerta misteriosa... (examinando.)
Se abre... Quién entra? (retrocede asustada.)

ESCENA V.

MARIA TERESA, ULADIMIRO.

(Uladimiro entra por una puerta secreta que se cierra en cuanto ha salido; su traje es húngaro y de la mayor elegancia; echa una mirada á su alrededor, y al ver que está sola la reina, cae de rodillas junto á la puerta, dando á entender que no tiene arma ninguna y que viene á suplicar.)

TER. El es!.. el preso de hace poco... tal vez buscaba una salida para escapar.

ULA. Ah! Ya no moriré sin haberla visto otra vez. (de rodillas, juntas las manos y con pasión.)

TER. Qué proyecto insensato ó culpable, ó qué proyecto ambicioso os mueve á seguir los pasos de la reina?

ULA. (levantándose sin acercarse á ella.) No soy insensato... no llevo ninguna mira culpable... y nada tengo que pedir á la reina.

TER. Nadie espone su vida de esa manera, sin un poderoso motivo.

ULA. Un solo pensamiento anima mi existencia, y este pertenece enteramente á la que lo ha inspirado.

TER. Quién sois?Cuál es vuestro nombre?

ULA. Soy un desgraciado á quien acusan, á quien puede ser que condenen; y si esto sucede, quiero llevar conmigo al sepulcro todos mis secretos.

TER. Si yo diese ahora una voz?..

ULA. Las prisiones... el tormento... quizás la muerte...

TER. Oh! Pero entonces se sabría al menos el motivo que os ha condenado á un esceso...

ULA. Nada se sabría.

TER. Pensais que como Isabel de Inglaterra, en una ocasion semejante, os concediese el perdón sin saber nada?

ULA. Isabel?... Oyó de antemano á Edgar Walton.

TER. Ah! y... Qué le dijo?

ULA. La verdad.

TER. Algun secreto de estado sin duda?

ULA. Walton era un pobre baron del condado de Nortumberland, donde siempre habia vivido. Ignoraba las intrigas de la politica, las disputas de los grandes, y las ventajas y peligros del poder.

TER. Qué le movia entonces á seguir á la reina?

ULA. Un secreto entre el cielo y él, pero la reina se empeñó en saberlo.

TER. Y este secreto era?

ULA. Toda su existencia... porque desde niño solo habia tenido un pensamiento... una pasión. Con ella habia vivido, se habia desarrollado con el ardor de esta idea poderosa, como el árbol bajo los rayos encendidos del sol... Esta pasión era su amor, su entusiasmo hácia su augusta soberana... Isabel.

TER. Mas cómo?..

ULA. Cuando Edgard en el regazo materno pudo pronunciar un nombre, le enseñaron el de su madre con el de la reina... Cuando empezó á orar al pié de los altares, el nombre de la reina iba unido al de su madre... Cuando dedicó sus primeros años al estudio, y tuvo la dicha de

ver premiados sus esfuerzos, cifieron sus sienas con una corona en nombre de la reina, recibéndola en los brazos de su madre... Estos dos nombres unidos en su alma, le habian inspirado un solo culto de admiracion, de reconocimiento, de amor, y cada dia bendecia al cielo por haberle dejado nacer en el glorioso reinado de Mar...

TER. Ah! (haciendo un movimiento y lanzándole una mirada. Durante esta relacion se ha ido acercando á la reina; hablando con pasión y dejando entender que espresa sus mismas intenciones bajo el nombre de Walton.)

ULA. (desdiciéndose con turbación.) De Isabel! Si, en el reinado glorioso de Isabel. Ah! No se asombre V. M... ¿No se educan los caballeros en todos los países con el entusiasmo y amor hácia su rey? Cuando las virtudes y hermosura de una princesa joven hacen resaltar su brillo esplendoroso, puede extrañarse que el corazón de un joven que se desarrolla con esta exaltación desde la niñez, y se despierta con los vagos deseos desconocidos, puede extrañarse que confunda sin querer, y aun sin saberlo, el amor á la reina, el amor á la mujer?

TER. (retrocediendo asombrada.) Qué decis? Pueden acaso existir esos sentimientos? Oyó Isabel esa confesion? Ese joven...

ULA. (continuando con sosiego.) Edgar Walton?... Tenia entonces veinte años, y se hallaba en Londres desde que perdió á su madre. De aquellos dos amores tan nobles, debia invocar el uno en el cielo, y echar siempre de menos el otro en la tierra.

TER. (con turbación.) Es verdad que tanto respeto debia tranquilizarla. Cómo pudiera irritarla contra el que hecha de menos un amor, y no abriga la mas pequeña idea de esperanza? Pero Isabel escuchó esa confesion?

ULA. Quereis que no la contára, como un dia que se habia alejado Edgard de su casa, entregado á sus paseos solitarios, se halló sin apercibirse en medio de la multitud, estasiado con su único pensamiento, y despertando de su éxtasis halagüeño al oír un ruido confuso que se agitaba á su alrededor. ¿Con cuánto alborozo no palpité su corazón cuando al levantar los ojos vió cerca de sí al objeto de sus pensamientos? No era una sombra impalpable evocada por su acalorada fantasia... no, era ella... magestuosa y divina... dejando caer una de esas miradas nobles, hechiceras, que someten á los pueblos y los hacen dichosos. Ah! Podia él entonces ver la muchedumbre aglomerada, las guardias, los obstáculos ni la muerte?... Allí estaba la mujer que él adoraba... Acercóse á ella delirante... la tendió los brazos... faltóle la razón, la vida, y cuando volvió en sí, se dejó llevar aturdido y sin fuerzas, lejos de la que amaba aun mas que á su vida. (pausa.) Esto es lo que Edgard Walton se atrevió á decir á la reina Isabel, cuando se dignó escucharle sin testigos...

UGIER. (abriendo la puerta del foro y anunciando.) Su Magestad la emperatriz de Rusia.

TER. (Y aqui sola con un desconocido!)

ULA. (en cuanto se abre la puerta del fondo se dirige á la secreta y trata de abrirla.) Cerrada! No puedo salir!

TER. (junto á la puerta lateral por donde se fué Amelia.) Amelia!

ULA. (sentándose precipitadamente á la mesa que está al lado de la pared, cogiendo una pluma y haciendo como que escribe.) No hay otro remedio, señora... seré un secretario que está escribiendo lo que le dicta V. M.

ESCENA VI.

ULADIMIRO de espaldas, MARIA TERESA, CATALINA entrando por el fondo, AMELIA por la puerta lateral.

TER. (Uladimiro inclina la cabeza hácia el papel, de manera que no puedan verle la cara. Maria Teresa sale al encuentro de Catalina.) Perdonad que reciba tan alta visita en lugar tan humilde... Quién se atrevería á contar con que puede recibir á la emperatriz Catalina como ella se merece?

CAT. No es la emperatriz la que os visita ahora; es una amiga...

TER. Mas facil es recibir de ese modo á V. M. imperial...

CAT. Tampoco ha de haber aquí magestad ninguna, si consentis en ello.

TER. ¿Hay algo que resista al poder de Catalina?

CAT. Ni á las virtudes de Maria Teresa?

AME. (ap. un poco apartada de la reina.) (Los campeones estan frente á frente. Este es el saludo de armas... (acerca dos sillones: las reinas se sientan; esta queda de pié y Maria Teresa le hace una seña para que se ponga á su lado.)

TER. (ap. al sentarse despues de haber examinado á Catalina.) (Qué hermosa es! Qué magestad!)

CAT. (id.) (Su sencillez realza su belleza.)

AME. (Una ojeada sobre las fuerzas de cada cual... lo que se llama un reconocimiento.)

TER. Es un acto de generosidad el haber desterrado de nuestras entrevistas el esplendor y la etiqueta... (ap. dirigiendo una mirada á Uladimiro.) (Si sale, van á prenderle.)

CAT. (que ha seguido la de Maria Teresa.) Un secretario? Qué importa?... Puede quedarse. (mirando á Amelia.) ¿Es una joven francesa?

TER. Hace muy poco que ha llegado de París.

CAT. París! Versalles! me interesa sobremanera todo lo que viene de allá. ¿No os ha sucedido como á mi el pensar en la Francia, en el momento de una grande empresa?

TER. Yo consulto ante todo al cielo, y á mi conciencia.

CAT. (Devota!)

TER. (Una reina no puede haber tenido tantas debilidades como la atribuyen.)

CAT. (Una mujer no puede ser tan austera como dicen.)

AME. (Por una y otra parte hay incertidumbre, perplejidad.)

TER. He aprendido muy joven lo que son enemistades peligrosas, y doy gracias al cielo de que hoy me permita saber lo que son enemistades ilustres. (dá la mano á Catalina y esta se la estrecha con afecto.)

CAT. El mismo deseo me ha conducido aqui... Hablemos pues con toda franqueza.

TER. Como dos hermanas.

CAT. Como dos amigas... con entera y plena confianza.

TER. Sin reserva alguna. (Tengamos cuidado.)

CAT. (Desconfiemos de sus palabras.)

AME. (Va á romperse el fuego.)

CAT. (con afectuosidad.) El interés y no la curiosidad hace que desee saber de vos todo lo que tiene relacion con mi hermana Maria Teresa.

TER. Ah! Nada tengo que ocultar... os lo diré todo... Combatida desde mi infancia por numerosos enemigos, el único recurso con que he contado ha sido la fidelidad y el valor de mis húngaros.

CAT. (sonriendo.) Oh! No es eso lo que yo deseo saber. Conozco muy bien la vida de la emperatriz de Austria; nada de nuevo puedo saber de las acciones de la reina, pero en cambio ignoro los pensamientos de la mujer.

TER. (con asombro.) Mis pensamientos!.. Mis acciones los revelan... Rogar al cielo para que aplaque estas guerras desastrosas y estos odios desoladores; darle gracias por los dias de calma y de sosiego; tratar de mejorar las leyes; fundar iglesias, colegios...

CAT. Eso entra tambien en la vida pública de una soberana; pero las diversiones, los afectos intimos del corazon...

TER. Unida por intereses políticos á Francisco duque de Lorena, le he guardado siempre el respeto debido á un esposo, y le he llorado como á un amigo cuando el cielo me arrebató este objeto de mi cariño. Ahora mi placer mayor es el de dejar á sus hijos virtuosos ejemplos.

CAT. (Querrá humillarme con su virtud?)

TER. (Se atreverá á suponerme alguna culpa?..)

AME. (La una es tan virtuosa y la otra tan ligera, que sin remedio son enemigas naturales... mucho temo...)

TER. Entregada ahora á conservar los intereses de los pueblos que gobierno, creo que el deber me manda proteger á mis hermanos de Polonia, que con la misma fé religiosa...

CAT. (con candidez burlona.) Otro tanto pienso yo. Mi religion me manda luchar con esos turcos, viles incrédulos... Creo que hasta va á obligarme á lanzarlos de Europa. Oh! Todo esto es solamente en honor de la religion; pero estas cuestiones las trataremos en el consejo; y aqui, entre nosotras, no debemos tratar sino de cosas amistosas. Sois muy bella. (mirándola con atencion.)

TER. Otro tanto os diria á todas horas vuestro esposo.

CAT. (riendo.) Mi esposo... en las horas que conferenciaba conmigo, me enseñaba á hacer el ejercicio.

TER. Si me fuera permitido, haria algunas preguntas á Catalina.

CAT. Desde que he quedado viuda, he levantado el poder que fundó Pedro el Grande; y que ya se iba debilitando en manos poco hábiles; he construido gran número de ciudades, he ensanchado mis Estados...

TER. (interrumpiéndola.) Ah! Tambien estais hablando como emperatriz.

CAT. Vuestro carácter austero me asusta, y tengo miedo de lo que admiro... de vuestra virtud.

TER. Yo he arrostrado lo que debia temer, vuestro talento.

CAT. Preguntemos primero á esta joven francesa,

cuál es la existencia de una mujer en la corte de Luis XV, y en qué pasa su vida.

AME. Agradar siempre, amar alguna vez, y divertirse en todo tiempo.

CAT. Según veo, la ocupacion de esas ociosas mujeres, es la distraccion de una mujer ocupada.

TER. Ah!

CAT. Ya conoceréis los placeres de una vida disipada y brillante.

TER. No tal.. Los desconozco del todo.

CAT. (sonriendo y vacilando un poco.) Y la dicha de ser amada... de inspirar apasionados sentimientos?

TER. El trabajo ha preservado á mi alma de esas zozobras que no llevan ningun fin, y que conducen á los errores de las pasiones. Y como siempre he estado ocupada en proporcionar la felicidad á los demas, no he tenido tiempo para pensar en lo que podia faltar á la mia.

CAT. Sin embargo, cuántos deseos secretos, cuántos entusiasmos desconocidos no inspira una mujer joven y hermosa, sin que para ello necesite el esplendor que rodea al poder? (desdiciéndose.) Cuán grande, cuán inocente es el placer que una experimenta cuando tiene la certeza de que la aman por lo que vale, no por el puesto que ocupa?

TER. Pues qué, las bendiciones de los pueblos no proporcionan toda esa felicidad?

CAT. Ah! ¿No habeis adivinado algunas veces bajo las bendiciones de los pueblos, y bajo la adulacion de los iguales, la envidia que los corroe, y las discordias que los divide? Inciensan á la reina, y solo adoran al poder! Pero el corazon de un joven tierno y sencillo, que aun desconoce lo que es el poder, ó se hace todo lo que es posible porque lo ignore siempre... un joven que en vez de pedir á la reina, como lo hacen todos, honores y dignidades, solo espera, solo desea una mirada de la mujer... Ah! este es el triunfo de la belleza; mas dulce, mas delicioso mil veces que todos los triunfos del poder.

TER. Cómo pueden ocurrirse semejantes ideas? (con asombro y escandalizada.) Quién puede despertarlás?

CAT. Un acaso imprevisto... un encuentro... Estos sentimientos exaltados en una alma joven y ardiente, tratan algunas veces de espresarse... una imprudencia... una astucia nos revela entonces lo que no hubieramos querido saber. (durante estas últimas frases, Maria Teresa echa una ojeada con disimulo á Uladimiro, que permanece sentado mirándola apasionadamente y dando señales de haber tomado parte en lo que se decia.)

TER. Qué decis?

CAT. Lo que ois. Parece imposible que no hayais visto á alguno de esos locos, que arrastrados por el amor, esponen impunemente su vida....

TER. (ap. echando una mirada á Uladimiro.) (Ese joven...)

CAT. (continuando.) O hallan algun medio astuto para veros y hablaros.

TER. (Aquella relacion...)

CAT. Y algunas veces en una fábula improvisada á propósito os dan á entender aquel amor insensato, sin que podais ni ofenderos ni quejarnos... No lo habeis visto nunca?

(Maria Teresa turbada dirige la vista hácia Uladimiro que

se levanta y le dá á entender su pasion; ella, asustada da un grito involuntariamente.)

TER. Cielos!

CAT. Qué teneis?

(Catalina asombrada se vuélve para mirar, pero Uladimiro al grito vuelve á sentarse y figura que escribe con toda su atencion. Catalina no puede verle la cara.)

TER. (ap. mientras se vuelve Catalina.) (Ah! Ya no me queda duda.)

CAT. (notando su turbacion.) Os sentis indispueta?

TER. No, no es nada... De qué hablábamos? (levantándose.)

CAT. Hablábamos de esas insensatas pasiones que una puede inspirar sin saberlo, y que causan á la vez espanto y alegria; pero una distraccion singular dirigia vuestro pensamiento á otra parte.

AME. Si, alguna sorpresa imprevista...

CAT. Si no me engaño, siento ruido en esa antecámara... quizá ese tumulto ha sido causa...

TER. Si... no me esperaba... me ha cogido desprevenida... id á ver, Amelia... decid que nos enteren de lo que pasa... (Amelia se dirige al fondo.) Espero que no será nada, y que no se turbará nuestra tranquilidad. (Amelia vuelve á entrar con todos los que salieron en la segunda escena.)

ESCENA VII.

ULADIMIRO, el PRINCIPE DE LIGNE, MARIA TERESA, CATALINA, el CONDE DE STAREMBERG, AMELIA, el EMBAJADOR DE PRUSIA, el DE FRANCIA, cortesanos, oficiales y pages.

CON. El criminal se ha escapado!

TER. Ah!

PRIN. Es extraño, conde! Habiais puesto veinte hombres para guardar á uno.

CON. Asi es que no ha salido por la puerta... eso es lo mas extraño.

CAT. Qué prisionero causa esa alarma?

PRIN. Un hombre que se ha lanzado al coche de su magestad.

CAT. Si será alguno de los que yo hablaba hace poco! (bajo á Teresa.)

TER. Qué locura!

CAT. Es joven?

CON. Lo único que puedo deciros, es que no he visto cara mas atroz.

AME. Estoy segura de que os equivocais; si es muy buen mozo.

EMB. F. La señora de Rosny protege á los desgraciados. (mientras han hablado lo anterior, Uladimiro se levanta colocándose de manera que no le puedan ver la cara.)

AME. Un joven de tan buena presencia no puede ser culpable; tiene casi casi la misma estatura... (viendo á Uladimiro que vuelve la espalda y trata de marcharse.) que el señor secretario.

TER. (ap. mientras todos fijan la vista en Uladimiro.) (No sé porque todo esto me desazona.)

CON. Calla! Y si no me engaño, llevaba un traje muy parecido.

EMB. F. Lléveme el diablo si no es este vuestro preso. (acercándose á Uladimiro y examinándole.)

CON. El es. (cogiéndole del brazo.)

PRIN. Ah!

CAT. (Uladimiro!)

AME. (Es posible!)

CON. Cuando yo decia que aqui hay algo de sobrenatural!

CAT. (ap. mirando á Teresa.) (Estaba solo con ella cuando yo llegué.)

TER. (Como me mira Catalina!..)

CON. No concibo cómo puede ser esto.... Solo vuestra magestad puede saber cómo se ha introducido aqui este joven.

CAT. (Que turbada está!)

TER. Yo?

AME. Es el poeta.

CAT. (Hay en esto misterio y sorpresa... yo adivino... el sacarla del paso es un golpe maestro que favorece á mis planes.) En verdad, señores, que todos estais en un error muy grande; este joven no puede ser el preso... Despues de haberme divertido con vuestra equivocacion debo desengañaros. (toma la mano de Uladimiro y le lleva á Maria Teresa.) Dignese vuestra magestad concederme el primer favor que la pido, admitiendo y protegiendo en su corte mi recomendacion, al joven baron Uladimiro de Tiefembach, noble húngaro, cuyo padre murió defendiendo los derechos de Maria Teresa.

TER. Ciertamente... que si... (turbada y balbuciente.) Un deseo de Catalina... el nombre de vuestro padre no lo hemos olvidado... el hijo debe ocupar un lugar distinguido en nuestro ejército.

ULA. (con respeto y timidez.) Una existencia aislada y solitaria conviene mejor á mi corazon, que se ha criado lejos del bullicio de los placeres y de los negocios. Si la guerra amenazara otra vez á mi reina, iria á defenderla de simple soldado, porque mi vida le pertenece... pero los grados, un rango en la corte... mi eslavitud... lo renuncio... quiero ser independiente; quiero poder ocultar mis pensamientos, mi alegría ó mi dolor en el retiro, si aqui no puedo ocultarlos. (esto último lo dice en voz baja mientras Amelia trata de distraer á Catalina.)

TER. (con turbacion.) Me asombrais de tal modo... que no puedo en este momento espresaros mas que mi sorpresa.

PRIN. (Este es algun lazo que la ha tendido Catalina... observemos bien...)

CON. No hay duda, me engañaba!.. No se parece nada á mi preso!

CAT. No hace muchos dias que deteniéndome en un pueblo de la frontera, tuve el placer de visitar un antiguo castillo del baron Uladimiro, quien me favoreció con la hospitalidad.

ULA. Honor que no merecia tan arruinada habitacion.

TER. Vivis siempre en ese castillo?

ULA. Hace dos años que le he abandonado... desde que murió mi madre.

TER. Ah!

ULA. Tuve un tio que fue gobernador de esta ciudad, y habitaba el castillo que vuestra magestad ha escogido para su morada; aqui he pasado mi niñez.

TER. Ah!.. Cuando una viene por primera vez, no pueden menos de causar estrañeza ciertas particularidades.

CAT. (con ironia.) Que tal vez no existirán en vuestro real palacio de Schembrume; pero hablemos de otra cosa. Tengo que suplicaros otra

merced; ya que el preso se ha escapado, mandad que no le persigan.

TER. Concedido.

CAT. (mirando á Uladimiro.) Que le dejen continuar el camino que ha tenido la astucia de tomar, lo cual prueba...

PRIN. (mirando á Catalina.) Que la habilidad consiste muchas veces en saberse aprovechar de las faltas de los demas.

CAT. Lo decis de veras?

PRIN. (con malicia.) Jamás lo he dudado; y en este momento estoy mas convencido que nunca.

CAT. Eso lo veremos.

PRIN. Puede ser.

CAT. Parece que me quereis declarar la guerra.

PRIN. Tiene acaso el principe de Ligne sesenta millones de vasallos y un ejército de seiscientos mil hombres como V. M.?

CAT. No; tiene un talento muy grande... y las ideas van mas aprisa que los soldados.

PRIN. Cuando se les permite...

CAN. Y aunque no se les permita; convengo en la guerra, y espero que acompañareis á su magestad, que se digna hacerme una visita despues del consejo.

PRIN. (saludando.) Tengo el honor de aceptar con el debido respeto y reconocimiento, la declaracion de guerra y el convite.

CAT. Tambien cuento con el baron Uladimiro.

PRIN. (No le perderé de vista.)

CAT. Todos estos caballeros y damas pueden tener por dirigida la invitacion á cada uno en particular.

TER. (No sé lo que pasa por mi.) Las tres! Señores, el consejo nos llama. Dentro de muy pocas horas tendré el sumo placer de reunirme otra vez con mi buena y sincera amiga Catalina.

CAT. Bien... muy bien, baron Uladimiro! (bajo á Uladimiro.)

ULA. Qué decis? (retrocediendo asustado.)

CAT. Silencio.

CON. (mirando á Uladimiro.) Digan lo que quieran, algo tiene de mi fugitivo preso.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un gran salon de un castillo antiguo, pero adornado con muebles de la época en que pasa la accion, ricas colgaduras y profusion de flores etc. Tres puertas grandes en el foro que dan á un jardin y otras varias laterales.

ESCENA PRIMERA.

ORLOFF, CATALINA, el CONDE de STAREMBERG, el PRINCIPE de LIGNE, el EMBAJADOR de FRANCIA, el de PRUSIA, MARIA TERESA, AMELIA, ULADIMIRO.

Señores y damas de la corte. Al levantarse el telon, Catalina aparece sentada á un lado de la escena, y Orloff de pie detrás de ella, apoyado familiarmente en el respaldo del sillón, y hablando en voz baja de vez en cuando con ella; Maria Teresa sentada al lado opuesto, y Amelia á sus pies sobre unos almohadones; Uladimiro de pie á la izquierda de Maria Teresa, y un poco mas atrás; fija á menudo la vista en la emperatriz de una

manera tierna y respetuosa. El príncipe de Ligne de pie en medio del teatro, el conde de Staremberg entre este y Maria Teresa; se oye en el fondo una música dulce que va debilitándose por grados durante la primera mitad de esta escena. Detrás de Catalina varios señores y damas de la corte.

CAT. (á Orloff en tono afectuoso.) Si, conde, teneis razon: os lo agradezco. Esta música, esa animacion han trocado como por encanto el aspecto triste de este palacio, para recibir á Maria Teresa en medio de los placeres.. Procuraremos pues, olvidar en medio de ellos los graves negocios que nos ocupan, y demos las gracias al conde Orloff que ha dirigido esta fiesta de modo que acredite al mismo tiempo su esquisito gusto y su esmero en complacernos.

ORL. Dichoso, yo, señora, si mi anhelo constante por agradaros tuviera siempre un éxito tan feliz por recompensa.

TER. (Que dichosos parecen!)

AME. Perdona vuestra magestad esas debilidades que su alma noble no puede comprender.

ULA. Oh! Si; perdon para los que aman y prefieren una sonrisa, una palabra, una sola mirada á todos los tronos del universo.

STA. Habeis oido lo que decia el baron?

PRIN. No hay que dudarle, está enamorado de la linda francesa.

STA. Tambien es cierto que gasta el tiempo en valde... un advenedizo! (cesa la música.)

PRIN. Los corazones no se dan como las gracias de la corte; para obtenerlos no hacen falta los años de servicio... un solo dia decide del éxito, y la muger mas recatada está mas espuesta que otra alguna, porque su misma confianza puede perderla.

CAT. Cómo es eso, príncipe? Estais predicando moral? Me admira que no hayais encontrado mas que eso en la corte de Luis XV.

PRIN. No hay que estrañarle, señora, como se hace allí poco gasto de ella, está de sobra por todas partes.

CAT. Qué piensan de mi en la corte de Francia?

PRIN. Luis XIV, señora, hubiera envidiado la gloria de la emperatriz de Rusia; Luis XV envidia los placeres de su corte.

CAT. Volvamos pues á empezar nuestros interrumpidos juegos, á fin de que cada vez tenga mas que envidiarnos. Conde Orloff, no dejeis parada la música; es preciso que acompañe á un juego que vamos á empezar, y que está muy en boga en Francia. Se llama, si mal no me acuerdo. «Quitate tú para ponerme yo.»

ORL. Mas de una persona hay aquí que se divertirá en extremo con ese juego... no será la primera vez que le he visto. En Rusia se juega tambien algunas veces.

PRIN. Aunque no tan bien como en Francia, pero principio quieren las cosas.

CAT. Es tan sencillo y divertido, que bien pronto dará la vuelta á toda la Europa: á veces se juega sin querer; sin pensarlo. Cada uno ocupa el lugar que le corresponde, y los que no tienen ninguno, se valen de todos los medios para ocupar el de los otros; pero es de ley que los medios sean ingeniosos y astutos.

PRIN. Quién lo duda? Ya os obligaremos á dar tréguas á las reflexiones morales, aturdiendo

vuestra razon en medio de las bulliciosas diversiones que nos esperan en el jardin... vamos.

TER. Acaso la razon, lo mismo que el fastidio, es para la emperatriz Catalina un soberano á quien teme, y al que reemplaza con el placer y las fiestas donde quiera que se halla?

CAT. Por lo mismo quisiera que así fuese... venid pues. (Teresa mira al salir á Uladimiro.)

PRIN. Ah!

ULA. Que mirada tan dulce!

AME. Tengo que hablaros. (ap. á Uladimiro.)

CON. Qué le habrá dicho? Si será alguna cita?

CAT. Esperadme aquí, vuelvo al momento. (id.)

ORL. El señor baron de Tiefembach es por ventura tan valiente como ambicioso?

ULA. Estoy pronto á probaroslo, señor conde.

CON. Hay entrevistas que no se alcanzan, señor baron, sino arriesgando la vida.

ULA. Lo cual no impide aceptarlas, señor conde.

CON. (Si, cuanto mas le miro, mas semejanza le encuentro con el preso.) (vase.)

PRIN. Hay locuras peligrosas.

ULA. Y hay tambien quien arrostra voluntariamente esos peligros.

PRIN. Ah! Sois valiente.. me alegro; pero sabed, señor baron, que existe una persona cuyo nombre haré siempre respetar, aunque me cueste la vida.

ULA. Arriesgar la mía contra la del príncipe de Ligne, es un honor que me envanece, y que me apresuro á aceptar... aun cuando yo hubiera preferido que me juzgase digno de su amistad.

PRIN. Eso ya lo veremos, señor baron. (vase.)

ESCENA II.

ULADIMIRO.

Tres desafíos segun parece... maldito si comprendo nada... Puedo acaso comprender algo de lo que me sucede? Soy yo efectivamente pobre joven, como ese Walton á quien he prestado mis sentimientos para tener derecho de espresarlos al menos una vez en su presencia? Soy yo á quien ella ha oido con tanta bondad, á quien ha comprendido y á quien van dirigidas esas tiernas miradas? Yo, á quien la emperatriz Catalina protege y quiere hablar en este momento? Yo, que sin quererlo he puesto ya en alarma á todas las ambiciones cortesananas? Pero qué importa? En medio del laberinto de una corte suspicaz y peligrosa, no tengo por guia las miradas de la que amo y los latidos de mi corazon? Ah! tambien el cielo me protege, pues me permite volverla á ver.

ESCENA III.

MARIA TERESA con una rosa en la mano. ULADIMIRO retirado.

TER. Quiero estar sola un momento; todos se han dispersado por los jardines. Los juegos, los placeres ardientes y bulliciosos que rodean á Catalina, tienen para mi todo el atractivo de la novedad, y sin embargo, yo no sé por qué me admiran y me aterran á la par que me alhagan.

Siento que mi alma echa ya de menos la soledad y el reposo. Por qué temo la alegría y la libertad que aquí se disfruta? Si durante la guerra me he condenado á una vida triste y austera, por qué ahora que renace la paz no he de disfrutar con ella días mas alegres y venturosos? No es Catalina una gran reina? La proteccion que dispensa á las artes, acrecienta su gloria; los escritores franceses la dedican sus obras, la consagran sus versos. Por qué, pues, no he de disfrutar yo de esa nueva gloria de los tiempos tranquilos? Yo tambien amo las artes, la poesia y la música me conmueven dulcemente... Estos versos que Amelia me ha entregado esta mañana, me parecen mejores cada vez que los leo... Si, no hay duda; el baron Uladimiro es un buen poeta... Laura inspiró los versos de Petrarca; la duquesa de Ferrara los del Taso, y estos que son mas tiernos aun... Ah!

ULA. Cielos! Qué veo! Mis versos!... Perdonad... si...

TER. Y por qué? Todos me leen con placer las delirantes ilusiones que crea la imaginacion de un poeta, aun cuando no las comprendan.

ULA. Ah! bien sabeis que no es mi fantasia, sino mi corazon el que...

TER. Basta, baron; no paseis adelante. Quizá os he escuchado mas de lo que debia. Si los grandes intereses que en este momento dependen de la emperatriz de Rusia, me han hecho ceder, quizá demasiado, al interés que por vos manifiesta; si ahora mismo cediendo á sus influencias la he ofrecido que el empleo de...

ULA. A mi empleos, y distinciones! Qué escucho? Conque no he sido comprendido? Oh! este día de felicidad, el único que me sea concedido... este día de encantadora alegría en el que las miradas de vuestra magestad se han fijado sin cólera en mi, en el que me habeis dirigido algunas palabras bondadosas... Oh! Que este día quede en vuestra memoria tal cual es; como un día de delirio acaso, pero no como un día de cálculo y de ambicion.

TER. Nunca he pensado tal cosa.

ULA. El anhelo del poder no haria palpitar á mi corazon ni un solo minuto. Honores, títulos, riquezas no conseguirian alterarle; pero saltaria del pecho si alcanzara una palabra de piedad, una sonrisa, una flor de la que... de la que no sabe que ese pequeño don, valdria mas para mi, que todos los tesoros de la tierra.

TER. (Dios mio! y hay mugeres que siendo amadas asi, nos envidien el poder y la gloria!)

ULA. (Que turbacion!)

TER. Dios sabe que no me envanece mi poderio; Dios sabe que todos mis esfuerzos se han dirigido mas bien á hacer bendecir mi nombre que no á hacerle glorioso.

ULA. Y lo habeis logrado, señora. Quién no bendice al nombre de vuestra magestad?

TER. Al menos debia ser asi. Es preciso que este poder que impone á una reina tan severas obligaciones; que este trono que nos priva de tantos días dichosos, sirva al menos para hacer la felicidad de los otros. Pero quién me asegura que asi sea? Quién sabe lo que hay de positivo en todo este esplendor que nos rodea,

en esas aclamaciones que parecen seguirnos á todas partes?

ULA. Podeis acaso dudar del amor de vuestros pueblos?

TER. El amor de mis pueblos! Y sabeis en lo que se convierte ese amor en los días de desgracia y de prueba? Pues oid. Hace un año que Federico asoló toda la Silesia; las cosechas faltaron y mis pueblos sufrían; pero nadie me lo dijo, nadie... Yo lo adiviné... Quise conocer á fondo su miseria para remediarla, y una tarde sali de palacio disfrazada, y en compañía de una de mis damas á recorrer las calles mas pobres de Viena. Ah! el nombre que aclamaban en tiempos mas felices, era entonces maldecido como causa de su desgracia... Me acusaban, me injuriaban, y cuando la casualidad me descubrió, los gritos y las amenazas estallaron contra mi... Oh! No fué mi peligro lo que me hizo entonces palidecer y helarme de espanto, fué su odio lo que me aterró.

ULA. No todos eran culpables, señora.

TER. La lealtad y el valor de un joven reanimaron el mio. Se arrojó sin vacilar entre mi persona y la turba amotinada; su voz imponente, con ese acento irresistible, porque sale del alma, detuvo á la multitud que se calmó al punto, pero una piedra lanzada por uno de aquellos furiosos, hirió á mi defensor... en esto acudieron á mi socorro... yo me habia salvado, pero él... él estaba perdido.

ULA. Ah!

TER. Por mas que he hecho no he podido averiguar su paradero... Le buscaron por orden mia, pero en vano, quizá sus mismos asesinos le hicieron desaparecer... No pude conservar en mi memoria sus facciones, porque cuando le vi, tenia bañado el rostro con la sangre de la herida que habia recibido en la frente... Cielos! Qué miro! una cicatriz! Será posible?

ULA. Ah! Quién no hubiera hecho otro tanto?

TER. Era él! Ah! lo debia haber adivinado... era él!... me ha salvado y no me lo decia! Con qué favores, con qué mercedes podré pagárselo?

ULA. Con ninguna, señora... nada quiero de la soberana, pero deseo, oh! si, lo diré... deseo ardentemente una palabra, una sonrisa de la muger. Tales azares ha corrido hoy mi existencia tan tranquila hasta aquí... me rodean tales peligros, que bien necesito una prenda de esa bondad que me manifestais, señora.

TER. Hablad, Uladimiro! Decidlo pronto! Alguien viene... Qué puedo negaros? Quereis riquezas, dignidades, poder?

ULA. Solo esa flor. (toma la flor de manos de la reina.)

ESCENA IV.

Dichos y el PRINCIPE DE LIGNE.

PRIN. Ah! No me habia engañado!

TER. El principe!

PRIN. Alejaos, baron; alejaos al instante. Oh! salid, salid por Dios!.. Tened confianza en mi honor, como yo la tengo en el vuestro.

ULA. Pero qué sucede?

PRIN. No hay tiempo que perder. Salid, salid en nombre del cielo. (vase Uladimiro.) Perdon, señora, perdon una y mil veces... pero dignaos

seguirme y escucharme... os esperan... os llaman... mi fidelidad os responde de todo... urge que me sigais sin vacilar.

TER. Explicaos, principe.

PRIN. Mas tarde, señora, mas tarde. Por aqui... respiro... Catalina! Ya era tiempo. (*se ocultan.*)

ESCENA V.

ORLOFF, CATALINA, á poco STAREMBERG y los EMBAJADORES DE FRANCIA y PRUSIA, ocultos.

CAT. Aquí están! Nadie... dónde se ocultan? Estoy segura de que estaba aqui... y Uladimiro tambien...

ORL. Ah! le buscaba... no me engañé.

CAT. Qué venis á hacer aqui?

ORL. No es á mi á quien deseabais encontrar en este sitio, ¿no es cierto?

CAT. Dejadme, conde.

ORL. No; os seguiré á todas partes... vigilaré al que esperais, y si procura hablaros ó escribirnos, sorprenderé su secreto.

CAT. Nuevas sospechas! Nuevos ultrages!

TER. Y es esta la felicidad que yo deseaba?

ORL. Oh! De algun tiempo á esta parte habeis cambiado mucho, señora.

CAT. Vuestro orgullo insoportable es la causa.

ORL. Mejor direis mi amor inquieto, señora.

STA. (*ocultos*) La emperatriz Catalina me ha mandado conducirnos aqui sin hacer ruido.

CAT. El amor, conde, muere á manos de las sospechas injustas y de las immoderadas ambiciones.

ORL. Gracias á vuestra inconstancia.

CAT. Oh! A la felicidad de los primeros dias, á la eterna ventura que aquellos parecen prometer, suceden bien pronto los recelos, las palabras ofensivas; y no basta á protegernos ni la magestad de reina, ni el orgullo de muger sacrificado á ese mismo amor. Vienen despues los agravios mutuos; y el orgullo se irrita, el corazón se envenena, desaparece toda la felicidad soñada, y dichosos los que despues de luchas tan crueles pueden separarse sin odio ni desprecio.

EMB. P. Habeis oido?

EMB. F. Que escándalo!

STA. Mirad, mirad aquello.

Voces. Viva Maria Teresa. (*dentro.*)

CAT. Qué ruido es ese?

ESCENA VI.

Dichos, MARIA TERESA, el PRINCIPE DE LIGNE.

(Se descubre la cortina que ocultaba á Maria Teresa y se ve á esta rodeada de pobres á quienes reparte limosna. Los pobres se retiran y Maria Teresa acompañada del principe de Ligne se adelanta á la escena.)

CAT. Estais aqui?

STA. He traído á los embajadores, segun las órdenes de vuestra magestad.

CAT. (Me han oido! Oh rabia! Y la han visto! A ella, á quien yo queria que sorprendieran aqui con Uladimiro, porque estaba con él, no hay duda; estoy segura de ello.)

PRIN. Cómo os hallabais aqui, señores?

STA. Aguardábamos una sorpresa.

PRIN. Y tal vez la casualidad habrá trocado el efecto, no es verdad?

CAT. Yo no creo, principe, en la casualidad.

PRIN. Ni yo, pero si en las estratagemas de la guerra.

CAT. Es decir que el enemigo triunfa?

PRIN. Oh! no tanto... se defiende.

CAT. (Oh! yo me vengaré!)

EMB. F. Vos, señora, sabeis conciliar las obras de caridad con nuestras diversiones. (*á Teresa.*)

PRIN. Y por qué no ha de ser asi? No se concilian tambien estas con los mas graves negocios? Vuestra reina Catalina de Medicis tenia siempre algun fin oculto en sus fiestas. Unas veces era...

CAT. El de obsequiar á los que amaba.

PRIN. Y otras el de perder á los que aborrecia.

CAT. Basta ya... Que vuelvan á empezar las diversiones... el salon del concierto nos espera... Marchad, señores, yo os seguiré en breve. Si mi querida hermana Maria Teresa me permite quedarme aqui un momento... tengo que dar algunas órdenes.

PRIN. Para alguna nueva sorpresa?

CAT. Tal vez.

PRIN. Veremos.

ESCENA VII.

CATALINA sola y agitada.

Oh! Soy la emperatriz de Rusia, dueña de estados inmensos, de seiscientos mil soldados prontos á defenderme, y esa voz engañosa y lisongera que llaman la opinion pública, y contra la que nada puedo, se atreve á acusarme y ensalzar á Maria Teresa! Y cuando quiero hacer patente que se engañan, la astucia, la malicia, y hasta la casualidad, todo se reune en contra mia! Y entre tanto esos embajadores extranjeros aplauden y suscriben en el consejo á todos los deseos de Maria Teresa, por respeto á su pretendida virtud... Pero esa virtud que tanto ensalzan la debe á sus desgracias, á las continuas guerras en que se ha visto envuelta, y que no la han dejado respirar un momento. La prueba es, que en medio de estas diversiones nuevas para ella, todo la turba, todo la intimida; mis palabras la conmueven, y las miradas de ese joven la agitan y sonrojan! Ah! dicen que las mas irreprehensibles tienen momentos en que su virtud las cuesta mucho! Como tambien hay otros en que se darian todas las felicidades por la calma de una vida irreprehensible.

ULA. (Qué habrá pasado? Mi inquietud aumenta á cada instante.)

CAT. Pero esa tranquilidad que la envidio, ¿no se ha alterado ya en ella á la vista de Uladimiro? Aquí está!.. Ah! muy hábil ha de andar para ocultarme lo mas minimo.

ESCENA VIII.

CATALINA, ULADIMIRO.

CAT. Acercaos, señor baron.

ULA. Vuestra magestad quiere hablarme?

CAT. Si, y antes de todo, sabed que estoy muy satisfecha de vuestra conducta... de vuestra obediencia.

ULA. No comprendo...

CAT. Cuando me disteis hospitalidad en vuestro castillo...

ULA. Honor que me llena de orgullo.

CAT. Por la noche, y recogida ya en mi habitación... no pudiendo dormir, abrí la ventana... una sombra pasó por debajo de ella. Os acordáis?

ULA. Perdonad... la costumbre... mi afición á los paseos solitarios.

CAT. Yo no os acuso... no hago mas que referir... Con efecto, recitabais versos; y si no me engaño, versos amorosos... dirigidos á una cabeza coronada.

ULA. Sueños poéticos.

CAT. Durante la cena... Orloff... El conde Gregorio Orloff... fué objeto de vuestra particular atención, y de vuestras miradas casi celosas.

ULA. No puede uno hasta sin querer envidiar la felicidad de poseer?

CAT. El amor de una reina?

ULA. El amor de una muger.

CAT. Bien... os propuse que me siguierais hasta aquí... y que probárais si era posible agradar á la que amábais.

ULA. Vuestra magestad se chanceaba.

CAT. Sin embargo, llegasteis aquí antes que yo.

ULA. La casualidad.

CAT. Y por casualidad tambien sin duda representabais el papel de secretario para estar solo con ella.

ULA. Solo! No, la etiqueta severa de la emperatriz no lo hubiera permitido.

CAT. Si aquí se rodea de tantas precauciones, prueba que tiene mucho miedo... y estoy convencida de que el baron... tiene ya motivos para creer...

ULA. El qué, señora?

CAT. Que su amor no será despreciado.

ULA. Vuestra magestad se chancea aun.

CAT. Mirad lo que decis... sé ya lo bastante para adivinar lo que quereis ocultarme.

ULA. Cómo?

CAT. Aunque emperatriz y acostumbrada á hacerme obedecer como el primer soberano... sé tambien adivinar como muger, y ser indulgente para las otras... Si; Maria Teresa ganaria mas para conmigo, si no se complaciese en ostentar tanta austeridad... Nuestra intimidad seria mas franca... y el que fuera digno de su afecto, seria tambien mi amigo.

ULA. La amistad de la emperatriz Catalina!

CAT. Es la fortuna, la grandeza, el poder.

ULA. Nada de eso ambiciono.

CAT. Ni ambicion ni vanidad! Sois verdaderamente admirable! Pero cuando Catalina no recompensa como reina, puede sin embargo pagar como amiga. Deciamos pues que el corazon de Maria Teresa se ha conmovido al conocer vuestro amor... que os ha tolerado que le habléis de él... lo cual es lo mismo que si digera que está dispuesta á corresponderle. Oh! estoy segura; no lo dudeis.

ULA. La austera virtud de la reina...

CAT. Otra vez! Y qué mal hay en que nuestra austera devota se haga un tanto mas humana? En qué ese corazon todo lleno, segun dicen, del amor del cielo, palpita una vez siquiera por un amor de este mundo? Yo me alegraria mucho, y no creo que ella se aflijera tanto. Tal vez por mi orden conseguirá Orloff...

ULA. Ah! No será... Yo os lo juro, señora... La defenderé contra vos, contra él, contra todo

el mundo, aunque tenga que sacrificar mi vida.

CAT. Tranquilizaos, baron; tranquilizaos; ahora si, que verdaderamente me chanceaba... y gracias á esto habeis descubierto bien facilmente el secreto que os empeñabais en ocultarme. Amais á Maria Teresa... ya lo sabia... mis bondades eran dignas de vuestra confianza; no habeis querido otorgármela, y la he sorprendido; esto es todo... No temais por vuestra reina... Nadie corre aquí el menor riesgo, á no ser yo, que con la mejor buena fé he tomado interés por quien en pago no sabe mas que afligirme y ofenderme.

ULA. Oh! Perdonad... yo ofenderos!

CAT. Quién fue sino yo la que esta mañana distrajo de vos la atención de toda la corte, salvandoos de este modo de una situación peligrosa? Yo os he presentado á la reina, y la he rogado que os empleara en su servidumbre. Todo esto he hecho por vos, Uladimiro, y vuestra ingratitud...

ULA. Ah! señora, ¿cómo podré espiar mi falta y obtener mi perdon?

CAT. Vuestro perdon será el precio de vuestra confianza completa, ilimitada... Ya veis que en vez de aplicaros un castigo, os concedo un favor. Pero, ¿qué flor es esa que guardais con tanto cuidado?

ULA. Cielos!

CAT. Será la señal de mi perdon.

ULA. Perdonad... pero esa flor... Oh! no es posible. (*Catalina le toma la flor.*)

CAT. La llevaré todo el dia. Es prenda ganada en buena guerra y puede ser util. (*vase.*)

ESCENA IX.

ULADIMIRO.

Ah! Todo lo comprendo! Catalina lo ha adivinado... y ese lenguaje, esas miradas no eran mas que astucia y mentira; quiere servirse de mi, de mi loca pasión para comprometer á la reina, para perderla quizá... Si, no quiere otra cosa, pero no será! Huyamos de esta corte, donde mi presencia es un peligro para aquella por quien daria gustoso mi vida... Pero antes quiero hablarla; quiero advertirla los riesgos que corre. Pero, ¿de qué modo, cuando todas las miradas están fijas en ella y en mi? La escribiré... Si, que lea una vez aun en mi corazon... que me compadezca y me perdone... no hay que perder un momento. (*vase.*)

ESCENA X.

EL PRINCIPE.

Calla, y se vá como un loco sin reparar en mi! Apuesto cualquier cosa á que ha hecho alguna majaderia de que Catalina sabrá aprovecharse. Estos enamorados en dejándolos entregados á si mismos, no hacen mas que tontunas. Porque él la ama de buena fé. Es un loco rematado, y nada mas... Pero, ¿qué partido no puede sacar un mal intencionado de las imprudencias de un insensato como este? Dudo si mi razon será bastante á remediar sus locuras. Pero, ¿qué veo! Las dos emperatrices juntas!.. Se dirigen á esta sala... Me alarma la sonrisa

que noto en los labios de Catalina... Tendrá todavía alguna esperanza de... Oh! yo estoy aquí y velaré por mi soberana.

ESCENA XI.

CATALINA, MARIA TERESA y el PRINCIPE.

CAT. Si, querida hermana... os repito que es muy mal hecho... Cuando ya los bailes han dado principio, os encuentro en los jardines solitaria y pensativa! Tal vez estais quejosa conmigo y con razon; confieso mi culpa; no he estado á vuestro lado como debia para haceros los honores del baile, pero perdonad, me he visto precisada á acceder á los deseos del baron Uladimiro.

TER. (Què mirada!)

CAT. He tenido que concederle por último la audiencia particular que me pedia con tanto empeño.

PRIN. Y que vuestra magestad le ha concedido con tanta brevedad.

CAT. Es cierto.

PRIN. Vuestra magestad es tan bondadosa!

CAT. Confieso que me interesa ese joven... En prueba de ello, ahora mismo acabo de aceptar de su mano esta linda rosa.

TER. (Ah!)

CAT. Qué teneis? Os hace daño el perfúme de las flores?

PRIN. La reina no puede soportarlo.

CAT. Es singular! Crei haber visto hace poco en manos de su magestad una rosa muy parecida á esta.

TER. Por eso la arrojé al momento bien lejos de mi.

PRIN. (Ah! Ya adivino.)

CAT. (No me habia engañado; la devota está enamorada!)

TER. (Estará de acuerdo con ella para engañarme? Oh! No puedo creerlo.)

PRIN. (Cuánto padece!)

ESCENA XII.

Dichos, el CONDE STAREMBERG, AMELIA, el EMBAJADOR DE FRANCIA, el de PRUSIA, ORLOFF y cortesanos.

CAT. Acercaos, señores, acercaos... Aun no ha llegado el dia de separarnos... Ah! sois vos, conde Orloff... Pero, ¿qué teneis? Vuestro semblante está inmutado.... Ha llegado por desgracia alguna mala noticia de Rusia? Teneis algo que decirme?

ORL. Con efecto, señora.

CAT. Vuestra magestad me permitirá... Vamos, hablad... Qué sucede?

ORL. Oh! bien hacia yo en quejarme. Negareis ahora que ese Uladimiro...

CAT. Uladimiro? Qué hay? Qué es lo que ha hecho?

ORL. Mis espías han interceptado una carta suya.

CAT. Una carta?

ORL. Dirigida á la emperatriz.

CAT. A la emperatriz?

ORL. Que sois vos.

CAT. (Oh! Fortuna! Es para ella!) Esa carta dónde está? Dónde la teneis!

ORL. Oh! Se la devolveré empapada en su sangre.

CAT. Eh! sois un necio... dadme esa carta.

ORL. Darosla!

CAT. Esa carta... esa carta al instante... yo os lo mando; ois? Conde Orloff!

ORL. Ah!

CAT. Ni una palabra mas. (Oh! la devota está ahora en mi poder.)

PRIN. (Recelo alguna trama.)

CAT. Señores, lo que tenia que decirme el conde, no es de tanta gravedad como me habia figurado; pero con todo, quiero consultaros acerca de ello, y mas que nadie á mi augusta amiga la emperatriz Maria Teresa. Como soy soberana de un pueblo bárbaro, carezco de penetracion y de malicia, y no sé ocultar los sentimientos de mi corazon. Acabo de averiguar que he sido engañada por una persona que hace ostentacion de una virtud inalterable y de una austeridad inflexible... y, señores, lo confieso, no puedo sufrir que me engañen de esta manera; quiero saber qué haria cada uno de vosotros en semejante caso, con arreglo al caracter respectivo de su nacion.

EMB. F. Un francés, cuando le engañan, se vale de su acostumbrado buen humor para reirse de si propio.

EMB. P. Y un prusiano, de su razon para consolarse.

PRIN. Un aleman de toda su prudencia para permanecer tranquilo.

CAT. Pues yo de todos los medios posibles para vengarme... Mirad... Creo que tengo en mi poder la correspondencia del enemigo.

TODOS. Qué es? A ver? Veamos.

CAT. Esta carta, segun todas las apariencias, ha sido escrita por el baron Uladimiro.

TER. (Ah!)

AME. (Alguien nos vende aqui.)

TER. (Quizá nos venden todos.)

CAT. Como veis, no tiene sello ni sobrescrito... es una carta amorosa dirigida á una muger que debe estar aqui entre nosotros.

PRIN. (Ha osado escribir á la reina! Ah! Yo la salvaré.) Vuestra magestad se engaña; esa carta es mia.

CAT. Vuestra?

PRIN. Es una de las muchas que todos los dias escribo á la corte de Francia.

EMB. F. Cartas llenas de gracia que se leen en Paris con avidez.

PRIN. Se la confié al baron Uladimiro, y esperaba que me la volviese para dirigirla á su destino.

CAT. No está mal inventado, Principe! Pero lo que divierte tanto en la corte de Francia, puede tambien divertir en la nuestra.

PRIN. Y por qué no? (Inventaré.)

CAT. No, asi es mejor, quiero ver que tal leéis.

PRIN. (Cai en el garlito! Qué diablos habrá escrito este majadero?) (toma la carta que le dá Catalina.)

CAT. Qué haceis? Empezad!

PRIN. Es que no veo muy bien y...

CAT. Vamos, que si. Mirad, aqui empieza... O acaso no sabeis leer vuestra letra?

PRIN. (lee.) «Quiero manifestar á la hermosa reina... á la hermosa reina de mi vida y de mis pensamientos, cuán respetuoso y leal es el amor...»

TER. (Cielos!)

CAT. Es posible! Vos enamorado?

PRIN. Y por qué no? (*lee.*) «El amor puro con que he soñado veinte años, para tener la dicha de decirlo una sola vez, y del cual solo el amor de los ángeles puede dar una idea.»

CAT. (No creía que fuerais tan sentimental!)

PRIN. (Ni yo tampoco.)

CAT. Proseguid.

PRIN. «Jamás pude imaginarme que existiese sobre la tierra la inefable felicidad que he disfrutado hoy!..»

CAT. Un momento, príncipe...

PRIN. (Todos son iguales... no saben callar nada.)

CAT. Cómo, si está en Francia la mujer que amais, y á quien va dirigida esta carta, decis en ella que vuestra felicidad data desde hoy?

PRIN. Es con referencia á ciertos recuerdos... á ciertas cartas, que...

CAT. Eh! basta ya! No penseis engañarme por mas tiempo... lo sé todo... esta carta es del baron Uladimiro, y escrita á una mujer á quien ama, y de la que es correspondido.

TER. (Dios mio!)

CAT. Es necesario hacer justicia á todas aquellas de quienes pudiera sospecharse una debilidad. Lo restante de la carta nos hará conocer á quien va...

ULA. (*apoderándose de la carta y guardándola.*) Lo restante no lo sabrá nadie, porque esta carta es mia y nadie tiene derecho á saber el secreto de mi corazon.

CAT. Ah!

ULA. Este secreto morirá conmigo. Que aquella á quien amo permanezca siempre tranquila, dichosa y respetada... yo vuelvo al castillo de mis antepasados á ocultar en él mis pensamientos, mis alegrías y mis recuerdos, y á pedir al cielo que aparte de ella los lazos de sus enemigos. (*vase.*)

TER. (Ah! Me amaba de veras!)

CAT. Qué es esto? Atreverse á apoderar en mi presencia de un papel que quiero examinar... Se me ofende; se me insulta en esta tierra hospitalaria, donde se me invita á venir! En este palacio donde os recibo llena de confianza y de bondad!.. Es posible! Vive el cielo! Oh! yo haré ver que nadie se burla impunemente de Catalina II.

PRIN. (La sangre tártara vuelve á herbir en sus venas.)

CAT. Señores, todo lo que se me imputa es falso. Qué necesidad tengo yo de valerme de la astucia y del engaño? Pues qué, ¿no soy yo la emperatriz de Rusia? No dispongo ya de mis fieles vasallos y de ejércitos numerosos, y de mi voluntad mas poderosa que todo esto?

TER. Ah! Teneis razon, Catalina. Si teneis alguna queja de mi, poneos al frente de vuestros soldados, y entonces yo sabré como responderos! Cuando me amenazabais con la conquista de Turquía, mis ejércitos os esperaron en las riberas del Danubio; cuando quisisteis apoderaros de Polonia, mis soldados ocupaban ya el camino de Varsobia... pero contra palabras falsas, contra placeres engañosos, ni sé ni quiero saber defenderme. Oh! Bien conozco que hay amistades mas peligrosas que el odio, y victorias mas dificiles de alcanzar, que las de los campos de batalla. Catalina, renuncio á vuestras diversiones. Todo me altera y sobre-

salta en este sitio... y quiera Dios que este dia de placer, no haga nacer otras desdichas. Maria Teresa vino aqui en busca de Catalina! La emperatriz se despide de V. M. Seguidme, señores.

CAT. (*á Orloff.*) Adivináis al fin? Pues ayudad á mi venganza,.. Que antes de una hora esté Uladimiro en mi poder... Solo asi te perdono.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto; la mesa que estaba en el fondo aparece colocada en primer término á la izquierda del espectador.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA, *mirando por la puerta de la izquierda.*

La reina Maria Teresa aun está en su oratorio. Hoy tarda mas en su oracion que los demas dias... Qué diferente ha sido el dia de ayer de todos los que le han precedido, tan tranquilos y serenos, ocupados todos en austeros deberes ó en acciones útiles; mientras que este, gracias á la emperatriz Catalina, todo ha sido fiestas y placeres, intrigas y rivalidades. Aqui viene la reina.

ESCENA II.

AMELIA, MARIA TERESA.

TER. (*pensativa y sin ver á Amelia que se aparta á un lado.*) Hasta ahora solo habia sido reina! He creido un solo dia que podian existir para mi los goces y sentimientos de la mujer... y en ese dia han nacido mil intrigas para ofuscar mi razon, y mil traiciones para hacer patente mi debilidad... ¡Dios mio! No he podido cerrar los ojos en toda la noche... Y esta mañana rendida de cansancio he faltado á la audiencia que prometí á los pobres... Todos se han marchado sin socorro, y sin consuelo... Oh! es preciso reparar todas estas faltas... (*mirando al rededor.*) Aqui estabais, Amelia? Acercaos. Tengo que hablaros de un asunto que os interesa. Pero antes es el trabajo. Despachemos lo que quedó ayer atrasado. (*se dirige á la mesa, Amelia coje varios papeles.*)

AME. La mayor parte de estos papeles son peticiones que esperan la resolucion de vuestra magestad.

TER. Leed.

AME. (*leyendo.*) «Un joven, cuyo padre murió en la batalla de Kollin, desea entrar en el regimiento de guardias de vuestra magestad.»

TER. (*coje el papel y se dirige á la mesa diciendo.*) Dadme aqui. El baron Uladimiro perdió tambien á su padre en esta misma batalla. Concedido. (*firmando.*)

AME. Los habitantes del canton de Tieffembach, cuyo territorio ha sido devastado por las últimas guerras, suplican á vuestra magestad...

TER. (*interrumpiéndola.*) Oh! si, merecen mis socorros. (Tambien el castillo de Uladimiro fué arruinado en esas guerras.) Qué contienen esos otros papeles?

AME. Solicitudes de empleos, titulos, honores...

TER. (*reconociéndolos y echándolos sobre la mesa sin*

mirarlos.) Qué diferencia! El ha reusado todo esto. No ha querido admitir nada de lo que los otros desean tanto... Siempre noble, generoso y hasta temerario, aprecia en poco su vida. *(queda absorta en sus pensamientos.)*

AME. Tiene vuestra magestad que darme alguna orden?

TER. *(Ha sacrificado á mi seguridad, á mi decoro, hasta la única felicidad que tanto anhelaba, la de estar cerca de mi.)*

AME. No me oye!

TER. *(Ha arrostrado el odio de Catalina.... ¡Ah!*

(en este momento un ugiar entreabre una puerta y Amelia se adelanta á hablarle; esta accion hace volver en sí á la reina.) Si. Esperabais mis órdenes? Id pues y repartid la limosna acostumbra-

brada entre los pobres que no he podido recibir esta mañana. *(algo agitada.)* Tomad estos memoriales... Están despachados... estos no.

Concedo mi proteccion y mis socorros á los infelices, y á todos cuantos tienen derecho á mis beneficios; pero se los niego á la vanidad y al orgullo. Quiero que la ciudad de Vissegrade conserve el recuerdo de mi permanencia, y fundaré en ella con este fin un colegio en que serán educados á costa de las rentas de mi corona, los huérfanos de los militares que han muerto en mi defensa durante las últimas guerras. Anunciad al mismo tiempo que partiremos esta tarde, y que daré audiencia esta mañana. *(el Ugiar se retira.)*

AME. Segun eso, hoy quedarán terminadas todas las negociaciones?

TER. Oh! si; he penetrado ya la intencion de Catalina... Se ha propuesto divertirme con vanos placeres; distraerme y aturdirme para aprovecharse de mi debilidad, y que no pueda oponerme á sus proyectos. El tratado que vamos á firmar no es de su agrado... Quiere decidir sola y á su antojo de la suerte de la Polonia, imponiendo su yugo despótico á los pueblos que yo protejo... Pero no será. No firmaré mas que lo que sea justo. Mi conciencia es mi ley, y nada me hará olvidarla. Pero antes que venga Catalina, quiero terminar un negocio... Amelia, ¿quereis ser mi secretario?

AME. *(sentándose á la mesa.)* Vuestra magestad no puede escoger otro que le sirva con mas celo.

TER. «Al baron Uladimiro de Tieffembach. Yo Maria Teresa...»

AME. Si, ya sé: emperatriz de Alemania, reina de Unghria y de Bohemia.

TER. *(Oh! Si, debo hacerlo.)* «Para premiar los servicios contraidos por su padre, muerto en mi defensa, tengo á bien nombrar al baron Uladimiro de Tieffembach, gobernador del fuerte y ciudad de Vissegrade, con obligacion de residir siempre en dicho punto.»

AME. Mas parece un destierro que un premio.

TER. Añadid. «Como una prueba de nuestro singular aprecio, y á fin de que esta ciudad y sus contornos, devastados por la guerra, vuelvan á estar prósperos y florecientes, y bendigan, gracias al gobierno del baron, el nombre de Maria Teresa. *(se dirige á la mesa y firma.)* Bien, Amelia. Cerrad el pliego; selladlo con mis ar-

mos reales, y que se remita al castillo de Tieffembach, donde debe de estar ya el baron!... Pero antes ved si esperan en esa antesala el

conde de Staremborg y el principe de Ligne. Este último debe saber si ha partido. Cuando venga Catalina me hallará tranquila como la razon, severa como la justicia.. No, no accederé á su ambicion, y se convencerá de que todas sus intrigas han sido en valde.

ESCENA III.

El PRINCIPE, AMELIA, MARIA TERESA, y el CONDE DE STAREMBERG.

TER. Decid, principe, ¿sabeis dónde se halla el baron Uladimiro?

PRIN. Señora, solo la emperatriz de Rusia puede decirselo á vuestra magestad.

TER. Qué oigo!

STA. Lo que ha pasado me hace sospechar que se halla en su poder.

TER. Es posible? Hablad, señores, hablad.

STA. Por lo menos lo que me ha dicho el Principe hace temer...

TER. Pero, ¿qué sucede? Se han permitido algun acto violento contra un súbdito mio? Oh! Eso seria infame! Hablad por Dios, Principe; decidme francamente la verdad; lo quiero, lo exijo, y sean las que quieran vuestras preven-

ciones contra él...

PRIN. Oh! no. Yo le hago justicia. Uladimiro es valiente con los hombres, galante con las damas, y estas cualidades bastan para garantizar su seguridad y su ventura; pero temo, lo confieso francamente, temo que no comprometa la de otros.

STA. *(sonriendo.)* Mucho le cuesta al principe confesar que ha dado el mismo paso que yo.

TER. Qué quereis decir?

STA. Habia provocado al baron y debian batirse esta mañana.

TER. Batirse! Y mis leyes contra el duelo?

PRIN. Por ventura, ¿puede arredrar á nadie la ley que amenaza con la muerte cuando se está decidido á arrostrarla?

TER. Callad!

PRIN. Vuestra magestad exige que sea franco.... pues bien, lo seré. Es cierto que tenia un desafío pendiente con el baron, y para esto me dirigia á su casa; pero nuestra entrevista hubiera terminado sin duda amistosamente, si hubiese llegado á verificarse... desgraciadamente no fué asi... Cuando ya estaba cerca de su posada, noté que un hombre embozado en una larga capa, y que parecia recatarse de todo el mundo, iba como unos cincuenta pasos delante de mi, y no tardé en reparar que detrás y á igual distancia poco mas ó menos, venia otro hombre que como el que me precedia procuraba tambien ocultarse... Juzgad cuál seria mi sorpresa, al reconocer en el que iba delante de mi, al conde de Orloff, y en el que me seguia al conde de Staremborg, que por razones distintas se dirigian á la misma parte, y con el mismo objeto que yo.

TER. Tres desafíos? Oh! Es horrible!

PRIN. Incomodado al ver que se me adelantaban, apresuré el paso. Pero Orloff apenas entró en casa del baron, volvió á salir con este que al parecer le esperaba. Los seguí á lo lejos, observando sus menores acciones, y decidido á presentarme en el momento del combate pa-

ra impedirlo si era posible. El conde dirigia á todos lados miradas inquietas; Uladimiro por el contrario, me pareció confiado y sereno. Atravesaron los baluartes, y cuando estaban cerca de la antigua fortaleza que los termina, abandonaron de repente el camino, desaparecieron detrás de una tapia, y aun no tenían tiempo de haberse puesto en guardia, cuando un grito ahogado que llegó á mis oídos me heló de espanto.

TER. Cielos!

PRIN. Me precipité hácia aquel parage, pero ya habian desaparecido.

TER. Ah! Tal vez le habian asesinado.

PRIN. No lo creo. Sin duda se apoderaron de él villanamente, y le habrán conducido, no sé dónde, por orden de...

TER. De Catalina, irritada contra él. Ah! El odio de Catalina dá siempre la muerte.

PRIN. Aquí? En vuestros dominios? A un súbdito vuestro? No se atreveria...

TER. Ella se atreve á todo.

AME. (que ha estado mirando por una ventana.) La emperatriz Catalina acompañada de los embajadores se dirige hácia este sitio. El conde de Orloff la acompaña.

TER. Cielos! Y esta es la hora de cerrarse el tratado... Aquí... (á una señal suya el conde y Amelia se retiran á un lado) en este momento.

PRIN. La gloria de los soberanos no pertenece á ellos solos, señora. (en tono respetuoso.)

TER. Ah! Si supierais... Pero no, no podeis comprenderme. (muy agitada.)

PRIN. Si el sacrificio de mi vida puede evitar el menor disgusto á mi soberana, aun cuando arrostre la cólera de Catalina... (la reina le dá á besar la mano.)

TER. Ah! No me habéis de ella, principe; toda mi alma se indigna al solo nombre de esa mujer. Habladme solo de mi gloria... del decoro de mi corona... qué sé yo... buscad palabras que engañen á mi corazón... Decid que haria traicion á los intereses que me han sido confiados... que mi debilidad os deshonoraria... Decidme que no debo sentir nada; que no debe haber en mi ni un suspiro que revele mi emocion, ni una lágrima que consuele mis penas. Ni compasion, ni ternura, nada en fin de lo que encierra el corazón de una mujer... Porque para eso soy reina. Decidmelo, Principe; porque así debe ser y temo olvidarlo.

PRIN. Reina noble y generosa!

UGIER. Su magestad la emperatriz de Rusia.

ESCENA IV.

El PRINCIPE, MARIA TERESA, CATALINA, ORLOFF. Al entrar la emperatriz, Amelia y Staremborg se retiran.

CAT. (dirigiéndose á Maria Teresa.) He querido hablaros un momento antes de la terminacion definitiva del tratado. (Qué tranquila está!)

TER. Vamos pues á firmar una paz duradera.

CAT. No os preocupa mas que eso?

TER. Y no es bastante? Este tratado va á decidir de la suerte de numerosos pueblos. ¿Cómo queréis que ocupe mi mente otra idea que la de tan grave responsabilidad?

PRIN. Digna por cierto de una gran reina.

CAT. (Nada sabe.) (bajo á Orloff.)

TER. Mandemos pues, si os parece, que entren los ministros que deben firmarlo.

CAT. Antes de dar cima á tan graves intereses como soberanas, decidme, ¿no tenemos nada por ventura que nos preocupe como mujeres? (Maria Teresa hace un ligero movimiento.) Yo, por mi parte, os confieso que estoy quejosa de uno de vuestros súbditos. Se me ha calumniado y ofendido delante de vos; os he visto irritada contra mi, y os veo ahora llena de desconfianza. Oh! no puedo menos de aborrecer al atrevido que ha puesto ese obstáculo en nuestro afecto.

TER. (bajo al Principe.) (Y aun se atreve á hablarme!)

CAT. Por lo tanto me he creído con derecho para castigarle.

TER. (conteniéndose apenas.) Cómo?

CAT. Y me vengaré.

TER. (olvidando su reserva.) Ah! No lo hareis.

CAT. (Se ha conmovido!) (alto y sonriendo.) Declarareis la guerra á la Rusia porque me he atrevido á castigar á un atolondrado?

TER. Mas de una vez ha dado origen á una guerra la violacion del derecho de gentes en personas de una clase oscura.

CAT. El baron Uladimiro no es oscuro ni desconocido. Pertenece á la alta nobleza, es joven, galan, y está enamorado de Maria Teresa. Los cortesanos lo sospechan ya; yo estoy segura de ello; lo sabrá la Europa entera; y no dejará de divertirla, ver que una soberana de tan austera virtud, de una devocion tan rigida, levante un ejército para ..

TER. (interrumpiéndola con severidad.) Basta!... No hablemos de otra cosa que de la terminacion del tratado.

CAT. (hace señal á Orloff para que se acerque.) (Resiste por virtud ó por orgullo?)

TER. (Tomad oro, soldados; todo cuanto poseo para libertarle.) (bajo al Principe.)

CAT. (dando un anillo á Orloff.) No os detengais.)

PRIN. (Le salvaré.) (ap. al salir.)

ORL. (id. llegan al mismo tiempo á la puerta del fondo, se saludan y salen por opuestos lados.) (Está perdido!)

ESCENA V.

MARIA TERESA, CATALINA.

CAT. Puesto que queréis que dé principio el consejo...

TER. (después de vacilar.) Oid primero, Catalina. Qué diriais si yo hubiese mandado prender uno de vuestros súbditos?

CAT. Pensad que me ha ofendido. Y os lo juro por mi nombre; si uno de mis esclavos ó de mis soldados hubiese ofendido á Maria Teresa, haria derribar su cabeza; si este fuese un grande de mi imperio, le desterraria á la Siberia sin vacilar. Pero si... Estamos solas. Si yo le hubiese amado y amenazaseis su vida!.. ¡Oh! entonces... Sois una gran reina, Maria Teresa. La Europa que vé todas vuestras acciones, es temible sin duda... Pues bien; ni vos, ni vuestros ejércitos, ni la Europa entera, me hubieran intimidado, y todo lo arrostraria por salvarle.

TER. Y hariais bien, Catalina. (*estrechándola la mano.*)

CAT. Y lo decis vos? (*admirada.*)

TER. Si la vida del menor de mis súbditos estuviere en peligro, yo la reclamaria y la defenderia.

CAT. Y por qué no defendeis la de ese joven? Pues bien, yo seré quien diga la verdad. Es porque temeis aparecer débil y sensible; porque preferis su muerte á que sospechen de vos.

TER. Su muerte!... Olvidais por ventura dónde os hallais y quién soy yo? Podeis acaso disponer de la vida de mis súbditos? Uladimiro ha nacido en mi imperio. Ninguna ley mas que la mia le comprende, y nadie mas que yo puede tener aqui derecho para castigarle.

CAT. Y si mis órdenes secretas, y mis fieles servidores, no os dejan mas que el derecho de vengarle?

TER. (Cielos!)

CAT. (Se pone pálida.)

TER. Oh! No es posible!

CAT. Me ha ofendido, le aborrezco; vos le amais, y acabo de encomendar mi venganza al conde de Orloff.

TER. Al Conde? Está perdido.

CAT. Aun no, si consentis...

TER. En qué?

CAT. (*sonriendo y con tono burlon.*) Ya os lo he dicho. En hacer algunas concesiones en ese tratado que vamos á firmar. El respeto y la deferencia que alcanzan vuestras virtudes, ha conseguido que se prefiriese vuestro parecer al mio. No os parece justo que ahora cedais alguna cosa en vuestras exigencias, y que se atiendan algo mas las mias? Prometedme no firmar el tratado hasta que se hagan en él algunas modificaciones que yo dictaré.

TER. Ah! bien sabia yo que eso era lo que deseabais! Me obligais á que haga traiciou á los intereses que me han sido encomendados, ó á que abandone su vida á los peligros que la amenazan... (Y él ha salvado la mia... Qué haré, Dios mio? Qué haré? Cuando él arrojó la muerte por salvarme, no vacilé un momento... Y yo... Yo estoy dudando aun... Oh! Esto es horrible!)

CAT. (Está trémula, agitada! He aqui el momento.) (*se dirige al fondo y hace señal para que entren.*)

TER. (*agitada.*) (Si... mi deber es salvarle. Oh! Dios mio! Perdonadme si me engaño!) Oh! Catalina! Piedad para... (*se detiene al ver entrar á los embajadores, ministros y demas del consejo.*) Cielos! Sabré contenerme.

ESCENA VI.

CATALINA, MARIA TERESA, EL EMBAJADOR DE FRANCIA
EL DE PRUSIA, ministros y miembros del consejo.

TER. Acercaos, señores; nuestros debates deben finalizar en este instante; dentro de dos horas vamos á partir.

CAT. Es preciso que se haga á todos justicia.

EMB. F. Como estamos conformes en todo, solo nos falta firmar el tratado.

CAT. Nada de eso. (*movimiento general.*)

EMB. P. Su magestad, la emperatriz Maria Tere

sa lo ha estendido con el mayor acierto, y vuestra magestad debia aceptarlo segun habiamos convenido, si nosotros consentiamos á nombre de los soberanos que representamos. Creo que todos estamos dispuestos á firmar..... á no ser que haya ocurrido...

CAT. (*sonriendo.*) Poca cosa... un asunto secreto... Su magestad Maria Teresa piensa, asi como yo, que seria muy arriesgado el firmar el tratado tal cual está concebido.

TER. (Ah!)

CAT. Si, señores; hay sin duda alguna peligro y muy verdadero. Su magestad me ha prometido conceder alguna cosa á mis deseos. En primer lugar, su amistad y su confianza.

TER. Concedido.

CAT. Ademas, se ha hecho cargo de que es de absoluta necesidad que el tratado permita pasar el Danubio á mis tropas, y me ha dado su consentimiento.

TER. Pero...

EMB. F. Qué es esto?

EMB. P. Qué escucho? (*movimiento general.*)

CAT. Su magestad la emperatriz Maria Teresa se ha resuelto á hacer este sacrificio por pura filantropia,

EMB. F. Pero la Francia...

EMB. P. El Gran Federico ..

CAT. Deseo y quiero ademas que la Polonia dependa solamente de la Rusia.

TODOS. De la Rusia! (*levantándose.*)

EMB. F. Y su magestad consiente?

TER. Yo! (*con la mayor agitacion, los embajadores hablan bajo.*)

CAT. (Temo que la discusion se prolongue demasiado.)

TER. (*bajo á Catalina.*) Y vuestros agentes cumplen con celeridad vuestras órdenes, no es cierto?

CAT. Algunas veces. (*se dirige á donde estan los embajadores.*)

TER. (Dios mio! Qué suplicio! (*abrese pausadamente la puerta secreta y se asoma Uladimiro, desapareciendo al momento despues de haber hecho una seña á Maria Teresa, recomendándola el silencio. Esta cambia de fisonomia manifestando la mayor alegria.*) (Se ha salvado! El príncipe ha cumplido su promesa.) (*alto y acercándose á los demas que estaban hablando.*) Ea, señores, firmemos. Por qué hemos de vacilar tanto tiempo? No está todo concluido desde ayer?

EMB. F. Ciertamente... Yo firmaré el tratado en nombre del rey mi señor, segun está redactado y sin ninguna variacion.

EMB. P. Y yo lo mismo. (*estos dos y otras varias personas firman.*)

CAT. Firmad, señores, firmad. La emperatriz y yo no lo haremos.

TER. Por qué hoy no hemos de acceder á lo que ayer hemos decidido? (*toma la pluma que le han presentado.*)

CAT. Y mi voluntad? (*retrocede asombrada.*)

TER. ¿Cómo ha de acordar lo que desea, si el deber me lo prohíbe? (*con alegria.*)

CAT. Qué decis? Mis intenciones sobre la Turquía...

TER. Eso es imposible... y no es culpa mia. Pero existe una promesa que quiero renovar, y sabré mantener; y esta es, (*con ironia.*) mi amis-

tad hácia Catalina... será el precio de la paz que todos vamos á firmar.

CAT. (Qué cambio tan repentino! Nada teme!... Por nada se turba!.. Qué ha sucedido?) (*mirando al rededor.*)

TER. Es una gran felicidad el ver concluidas las guerras que desolaban este pais.

CAT. (*mirándola y observándola.*) No teneis ningun temor? Ninguna inquietud?

TER. Eso seria injuriaros.

CAT. Algo ha sucedido que no puedo comprender, y que necesito aclarar. No escuchais esos gritos? Hay tramada alguna sorpresa ó alguna traicion?

ESCENA VII.

Dichos, el PRINCIPE, el CONDE STAREMBERG, ULADIMIRO y AMELIA.

CAT. Qué sucede?

CON. Que este palacio está encantado sin duda... Acabo de encontrarme á este caballero en la sala inmediata, que no tiene salida.

CAT. En la sala inmediata? (Ya comprendo la entereza de la emperatriz!)

CON. Si, señores, á este caballero, que es mi preso de ayer... El señor baron Uladimiro, de quien siempre he tenido sospechas, y ahora le traigo á presencia de su magestad para que le interrogue, porque al fin aqui hay algo de sobrenatural. Ayer le puse preso; despues se escapó; volvimos á cojerle esta noche; salió libre esta mañana, y me le encuentro en ese cuarto, cuya llave estaba en mi bolsillo. Si el diablo no anda en esto, preciso es que ande otro tan ladino como él.

CAT. (*indicando con una mirada al principe de Ligne.*) Y no os engaÑais por cierto.

PRIN. Mucho me honra vuestra magestad. (*haciendo una reverencia.*)

CAT. Principe, vale mas teneros por aliado que por enemigo.

PRIN. Ojalá que vuestra magestad se persuada de ello.

CAT. Me habeis vencido... vos solo disponeis de su suerte.

TER. Teneis que abandonar para siempre los estados de Maria Teresa. (*á Uladimiro.*)

CAT. Le destierra!

TER. Le ha desterrado!

TER. (Estis sataisfecha?)

CAT. (Os ama! Y le pagais con un destierro á pesar de que correspondeis á su amor.)

TER. (Por eso mismo.)

CAT. (Ah! Me habeis vencido! Yo tambien cedo á tanta virtud.)

ULA. Dignaos concederme vuestro perdon antes de alejarme para siempre. El amor que os ha ofendido...

TER. Solo tendria por premio una lágrima!

ULA. En este mismo instante voy á partir.

CAT. Señores! La paz se ha firmado, y téngase presente que se debe á la admiracion y amistad que profeso á la emperatriz Maria Teresa.

PRIN. Podré saber si esa paz es general?

CAT. Cuento con que vendreis á firmarla en mi corte.

PRIN. No habiendo fijado vuestra magestad el lugar donde ha de pasar su destierro el baron

Uladimiro, ¿me permitireis que os suplique una gracia para él?

TER. Decid.

PRIN. Encargadle la comision de llevar á la corte de Versalles la noticia de la conclusion del tratado.

TER. Os lo concedo.

PRIN. Yo le daré al mismo tiempo una carta de recomendacion para la marquesa de Pompadour, que le recibirá con el mayor agrado, y sabrá curarle de las grandes pasiones.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DELREINO.—Aprobada en sesion del 20 de abril de 1850.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*—Es copia del original censurado.

MADRID, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

El vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	Juan de Padilla, o. 6 cuadros.	3	11	La Penitencia en el pecado, t. en 3.	3	6
El padre del novio, t. 2.	2	5 Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16	La Posada de la Madona, t. en 4 y prólogo.	4	9
El terremoto de la Martinica, t. 5.	2	4 Julian el carpintero, t. 3.	3	6	Lo primero es lo primero, t. 3.	2	5
El fastidio ó el conde Berford, t. 2.	1	12 Juana Grey, t. 5.	2	8	La Pupila y la péndola, t. 1.	2	6
El Angel de la guarda, t. 3.	3	5 Juzgar por apariencias, o. 3.	3	6	La protegida sin saberlo, t. 2.	1	6
El marido de la favorita, t. 5.	2	8 Jugar con fuego, t. 2.	1	3	Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.	1	7
El cartero, t. 5.	3	11 Julio César, o. 5.	2	15	Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2	7
El alguacil mayor, t. 2.	2				La Posada de Currillo, o. 1.	2	3
El cardenal y el judio, t. 5.	3	La Abadia de Penmarek, t. 3.	1	8	La Perla sevillana, o. 1.	3	3
El naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11 La Alqueria de Bretaña, t. 5.	7	12	La Primera escapatoria, t. 2.	2	4
El mercado de San Pedro, t. 5.	4	9 La Barbera del Escorial, t. 1.	2	3	La Prueba de amor fraternal, t. 2.	3	5
El Espósito de Ntra. Sra. t. 1.	1	6 La Batalla de Clavijo, o. 1.	4	4	La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
El último dia de Venecia, t. 5.	2	9 Los contrastes, t. 1.	2	5	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4
El amigo intimo, t. 1.	2	3 La Conciencia sobre todo, t. 3.	2	4	La Reina Sibila, o. 3.	2	6
El artículo 960, t. 1.	2	3 La cocinera casada, t. 1.	3	4	La Reina Margarita, t. en 6 actos.	7	17
El tio y el sobrino, t. 1.	3	4 Las Camaristas de la Reina. t. 1.	7	6	La Rueda del coquetismo, o. 3.	2	4
Enrique de Valois, t. 2.	2	10 La Corona de Ferrara, t. 5.	3	7	Los Soldados del rey de Roma, t. 2.	2	7
El pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9 Las colegialas de Saint-Cyr, t. 5.	2	7	Los Templarios, ó la encomienda de Avión, t. 3.	1	5
El hombre cachaza, o. 3.	3	4 La Cantinera, o. 1.	1	6	La Taza rota, t. 1.	2	3
El Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6 La Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5	La Tercera dama duende, t. en 3.	2	11
El marino, t. 5.	2	8 La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11	La Toca azul, t. en 1.	3	7
El cómico de la legua, t. 5.	3	10 La Calderona, o. 5.	3	8	La vida por partida doble, t. 1.	5	3
El vampiro, t. 1.	2	7 La Condesa de Senecey, t. 3.	3	4	La Viuda de 15 años, t. 1.	3	2
El ciudadano Marat, t. 4.	3	18 La Casa del Rey, t. 1.	2	6	La Victima de una vision, t. 1.	4	5
El zapatero de Jerez, o. 4.	3	3 La Capilla de S. Magin, o. 4.	3	4	La Roca encantada, o. 4.	2	6
El heredero del Czar, t. 4.	2	10 - La Cadena del crimen, t. 5.	5	9	La batalla de Bailen, zarzuela, o. 2.	2	8
El delator ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	2	La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.	5	13	Los Reyes magros, o. 1.	5	8
Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4 Los celos, t. en 3.	3	5	La Mano de Dios, o. 3.	2	7
		Las cartas del conde-duque, t. en 2.	1	7	La Moza de meson, o. 3.	2	9
		La Cuenta del Zapatero, t. en 1.	2	6	Los Pecados capitales, magia, o. 4.	9	9
		Los dos Fóscaaris, o. 5.	1	11	Los hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
		La dicha por un anillo y mágico rey de Lidia, o. 3. Magia.	4	9	La guerra de las mugeres, t. 10 cuad.	6	18
		Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3	Los Hijos del tio Tronera, o. 1.	3	3
		Los Dos maridos, t. 1.	3	3	Los Dos rivales, o. 3.	2	9
Fausto de Underwal, t. 5.	1	13 La Dama en el guarda-ropa, o. 1.	2	4	La Jorobada, t. 1.	3	6
Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.	3	7 La Feria de Ronda, o. 1.	2	8	La muger de un proscrito, t. 5.	3	6
Fernando el pescador ó Málaga y los franceses, o. 3 actos y 10 cuad.	3	15 La Felicidad en la locura, t. 1.	1	5	La calumnia, t. 5.	3	6
		La Favorita, t. en 4.	3	10	La tia y la sobrina, o. 1.	3	4
		La Gaceta de los tribunales, t. en 1.	3	4	Los percances de un carlista, o. 1.	3	9
		La Hija de Cromwell, t. en 1.	2	5	La Serenata, t. 1.	3	5
		La Hija del bandido, t. 1.	1	4	Laura, (prólogo, epílogo), o. 5.	4	12
		La Hija de mi tio, t. 2.	5	2	Los cabezudos ó dos siglos despues, t. 1.	2	7
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11 La Hermana del soldado, t. 5.	2	9	La fineza en el querrer, o. 3.	1	3
Gustavo VVasa, o. 5.	2	16 La Hermana del carretero, t. 5.	2	10	La Sesentona y la colegiala, o. 1.	3	4
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9 Las Huérfanas de Amberes, t. 5.	2	10	Los desposorios de Inés, o. 3.	3	3
Guardapié III: ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5 La Hija del Regente, t. 5.	3	13	La madre y el niño siguen bien, t. 1.	2	6
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7 Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.	2	9	La Sombra de un amante, t. 1.	2	3
Geroma la castañera, zarzuela.	1	3 La Hija del prisionero, t. 5.	6	16	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9
		La Herencia de un trono, t. 5.	2	11	La Abadia de Castro, t. 7 cuadros.	9	13
		Las intrigas de una corte, t. 5.	4	7	La Rama de encina, t. 5.	2	10
		La Ilusion ministerial, o. 3.	3	9	Latreaumont, t. 5.	2	13
		La Joven y el zapatero, o. 1.	2	3	Los dos cerrageros, t. 3.	2	22
Hasta los muertos conspiran, o. 3.	2	11 La Juventud del emperador Carlos V., t. 2.	2	5	La honra de mi madre, t. 3.	3	5
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8 Laura de Monroy, ó los dos Maestros. o. 3.	2	8	La castellana de Laval, t. 3.	2	9
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3	5 Luchar contra el destino, t. 3.	2	8	Los penitentes blancos, t. 2.	5	3
Halifax, ó picaro y honrado, t. en 3. y un prólogo.	2	9 Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	5	La loca, t. 4.	3	4
Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	5	5 La Ley del embudo, o. 1.	4	4	Las dos hermanas, t. 2.	3	5
Honor y amor, o. 5.	5	5 La Muger eléctrica, t. 1.	2	3	La Cruz de Malta, t. 3.	2	8
		La Modista alferez, t. 2.	3	6	- La Esmeralda, ó Ntra. Sra. de Paris. d. t. en cuadros.		
		Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.	5	8	La hija del abogado, t. 2.	2	5
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4 La Mano derecha y la mano izquierda. t. 4.	3	11	La herencia de un valiente, t. 2.	1	5
Ilusiones, o. 1.	1	4 Los misterios de Paris, primera parte t. 6 cuadros.	6	14	Los dos ladrones, t. 1.	1	3
Isabel, ó dos dias de experiencia, t. 3.	4	4 Idem segunda parte, t. 5 cuadros.	8	16	La Cabeza á pájaros, t. 1.	2	5
		Los Mosqueteros, t. 6 cuadros.	2	14	La Cruz de Santiago ó el Magnetismo, t., en 3 a. y un prólogo.	2	8
Jorge el armador, t. 4.	3	11 La Marquesa de Savannes, t. 3.	2	5	La viva y la difunta, t. 1.	1	3
Juá que jembra, o. 1.	3	6 La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11	Los Trabucaines, o. 5.	6	13
José Maria, ó vida nueva, o. t.	1	7 La Opera y el sermon, t. en 2.	3	6	La Quinta de Verneuil, t. 5.	4	10
Juan de las Viñas, o. 2.	1	6 La Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2	Los malos consejos, ó en el pecado la penitencia, t. 3.	2	9
					La limosna y el perdon, o. 1.		6
					La marquesa de Seneterre, t. 3.	3	3
					Las desgracias de la dicha, t. 2.		
					La banda roja, o. 3.	2	5

